
Ricardo Boizard
"Picotón"
El último día
de ALLENDE
ALTA
MAR



1.—El último...

EL ULTIMO DIA DE ALLENDE



Inscripción Nº 41.726.

Alonso Ovalle 766,
Santiago de Chile.
1ª Edición - 2 de Noviembre, 1973.
Tiraje de 5.000 ejemplares.

Diseño Gráfico:
Manuel Fernández Díaz.
Portada:
Gustavo Donoso.

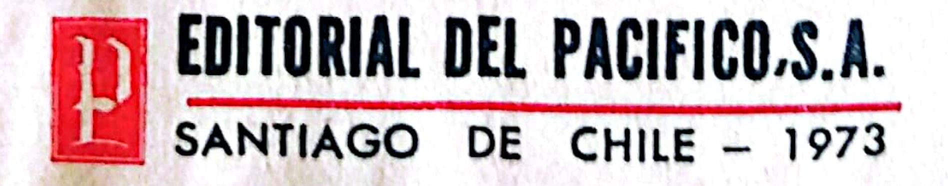
Impreso en Chile.
TALLERES GRAFICOS CORPORACION LTDA.
Alonso Ovalle 766.

Escaneado con CamScanner

Ricardo Boizard B.

(PICOTON)

EL ULTIMO DIA DE ALLENDE



EDITORIAL DEL PACIFICO.S.A.

SANTIAGO DE CHILE – 1973

INDICACIONES PREVIAS DEL AUTOR

Lo que va a continuación es absolutamente distinto de un pesado tratado de historia, con abstrusas y eruditas narraciones. No es tampoco un reportaje periodístico al estilo de aquellos que se escriben al correr de la pluma y que mueren con la misma facilidad con que nacieron.

Esto es la expresión y, casi diríamos, el desahogo de un hombre que ama apasionadamente a su patria y que, frente a los tan tergiversados acontecimientos del 11 de septiembre, busca la explicación y la verdad, impulsado por dos sentimientos paralelos; el regocijo de que las Fuerzas Armadas de Chile nos hayan liberado del cáncer marxista y la indignación contra aquellos que, disfrazados de idealismo, pretendían subordinar nuestra orgullosa

soberanía al control de Rusia y Cuba, naciones que, como analizaremos aquí, nada tienen que ver con nuestra historia y con nuestra genuina idiosincrasia.

He viajado mucho, conozco numerosos países, pero declaro de antemano que, para mí, el más grande placer fue siempre volver al terruño patrio; patria nuestra azotada por los cataclismos y la naturaleza cruel; patria fundida en un solo molde racial y cuya gente está enlazada por el doble vínculo de la geografía y de la sangre; patria que estaban asesinando en su destino aquellos que tenían los ojos cerrados por la ignorancia o nublados por el odio.

¿Qué más puedo agregar, pues?

Este libro es llama viva. No caben en él la curiosidad malsana o el comadreo pueril.

Véase en él un sentimiento herido, un regocijo inflamado, un carbón rojo de ira y amor.

Más aún: escúchese aquí la voz de alguien que quisiera que su grito resonara a través del mundo en todo sitio en que se ha tergiversado el proceso que culminó el 11 de septiembre, acontecimiento este último que no es un golpe militar como cualquier otro, que no es el producto de un caudillo ambicioso, como ha habido muchos. El 11 de septiembre es la recuperación de la dignidad de una patria como Chile, que tiene derecho a que se conozca su trayectoria centenaria y que el mundo sepa que pertenecemos a lo mejor de los países civilizados. . .

Podrá acusárseme de que el libro ha sido escrito con excesiva rapidez como para ser profundo. Eso no importa. La rapidez no le quita fuerza a la emoción. También son rápidos, en un hombre de verdad, así la bofetada como el beso.

PROLOGO

Ricardo Boizard es, ante todo, el politico que involucra al intelectual y al periodista. Hombre inquieto, orador fogoso, habla con voz cálida y es penetrante; se derrama su espíritu cristiano para abrazarlos a todos. Casi siempre es esencial y apóstol. Ha librado muchas batallas desde las columnas de diarios y revistas con una coraza de cruzado auténtico.

Escribe, podría decirse, con fácil oratoria y ha sido un soldado de la pluma y el espíritu. Como pocos periodistas, ha ejercido y ejerce un arte de vigilancia y es a la vez creador y cronista. La lectura de sus numerosos libros nos lo muestra viril y apasionado, fecundo en ideas, generoso en realizaciones.

En su juventud (él ha tenido tantas) Boizard es el primer diputado de la histórica Falange Nacional y durante dos períodos representó en la Cámara al Departamento' de Lontué. El joven político hacía sus primeras armas y en las versiones de la Cámara de entonces queda el testimonio de su actuación brillante.

El escritor y el polemista, el testigo de una historia que nace tan rápidamente; el repórter que con nerviosismo interior recoge el rostro vivo de la noticia, entrega numerosos libros, todos ellos apasionantes, que se inician con las páginas de "Hacia el ideal político de una Juventud", observemos estas tres palabras: ideal, política, juventud. En ellas radica, acaso, toda la médula existencial de Ricardo Boizard, bohemio sin remisión de una lucha tenaz por el bien y la grandeza de Chile. Le siguen "Historia de una Derrota", "Voces de la política", "El Púlpito de la Calle", acaso uno de sus mejores libros; "Diario de una conciencia", "Patios interiores", "Esa noche de Perón", "El caso Kelly", "La Democracia Cristiana en Chile", "Picotazos de Picotón", "La América que no habla", "Picotón en tres dimensiones". Y ahora, aún ardiendo el fuego, estremecida y resurrecta la Patria, "El último día de Allende".

Boizard es un columnista de cuño y aliento y su seudónimo Picotón le ha conquistado numerosos lectores que lo siguen y admiran. ¡Maravillosa lección del periodista que cada día entrega su mensaje con generosidad de hermano, sin odios subalternos y con un afán de orientar y servir vigorosamente.

Su vida ha tenido múltiples facetas: parlamentario, Director General de Informaciones y Cultura, Embajador en Yugoslavia. En 1965 recibió el Premio Nacional de Periodismo, consagración de toda una vida entregada al arte de informar y orientar rectamente al lector.

Su partido político, la Democracia Cristiana, reconoció sus méritos extraordinarios y lo condecoró con la Medalla Ignacio Alvarado, que sólo la ostentan: Eduardo Frei, Radomiro Tomic, Bernardo Leigthon y Horacio Walker.

El periodista Ricardo Boizard fue director de la revista Zig-Zag, redactor del "Diario Ilustrado", de "El Imparcial", "El Debate", La Tercera de la Hora", "Clarín", durante varios años. En "El Clarín" renuncia por la procacidad de que ese diario hiciera gala.

Fue redactor de "El Universal", importante diario de Ciudad de México y "El Pueblo", de Buenos Aires.

Hace un tiempo hizo una memorable gira por trece países latinoamericanos y que tuvo gran resonancia. Fruto de esa verdadera peregrinación periodística fue su libro "La América que no habla". Estuvo presente en Perú, Ecuador y Colombia; en Venezuela acompañó a Caldera en su primera gira de candidato a la presidencia de la República. Habló y escribió en las naciones centroamericanas y en Panamá fue testigo de una de sus revoluciones. El periodista Boizard estaba atento, vigilante y su pluma vibraba con cada acontecimiento. La vida y la historia haría lo demás.

Ha sido conferencista y en numerosos centros culturales y universitarios, la voz de Ricardo Boizard ha sido escuchada y aplaudida, dígalo si no su ciclo de conferencias dictado en la Universidad de Concepción sobre treinta años de vida política en Chile.

Y ahora Ricardo Boizard nos entrega las páginas que refieren la muerte definitiva del marxismo en Chile. La Patria estaba enferma de un cáncer que parecía incurable. Mas, vino la mañana del 11 de septiembre. El Palacio de la Moneda es ametrallado desde el aire. No había otra solución posible. Las Fuerzas Armadas recuperaban la dignidad de la Patria. Era, sin duda, doloroso camino, pero no cabía una duda siquiera. El torrente materialista, la destrucción de la chilenidad, el grito del odio, la consigna foránea, la náusea y el latrocinio, necesitaban un remedio. En medio de la contienda, de las balas y las bombas, la bandera de la Patria que flameaba triste en el Palacio de la Moneda, voló en cenizas desgarrada, hacia todos los rincones de Chile. Y hubo un eco de contienda.

Boizard recoge en este libro, minuto a minuto, la sangre y la tragedia; nos conduce con cierta estremecida angustia que bien adivinamos; ya sus páginas son ríos y tormentas. Anota hechos, circunstancias, perfila personajes; en nada se desmide. Crece la tragedia, la angustia cobra signos de caminos perdidos, entrecruzados. El gran periodista está presente, lo agobia el cruel acontecer, está impávido. Se torna apasionante, eufórico, la realidad ha nutrido sus arterias.

Las calles están ensangrentadas, pero la luz viene y Boizard nos va entregando esos minutos de la historia de Chile. No se desmide jamás en esta crónica viva de la única solución. Y hasta nosotros llega esa palabra cálida de Ricardo Boizard, el testimonio del periodista que vive las circunstancias y los hechos y analiza razones, o bien, afronta directamente la cruda verdad.

Este nuevo libro de Ricardo Boizard nos confirma la esencial presencia de un columnista que, más allá de la pasajera crónica, descubre con certeza la vida esencial del hombre.

CARLOS RENE CORREA

EL AMANECER DEL 11

En el hemisferio austral, el mes de septiembre anuncia los primeros fulgores de la primavera con tenues rayos de sol que logran apenas traspasar la corteza de nubes que viene del hielo y que se entrega paulatinamente al mar.

Chile es un país extraño. Se alarga desde los desiertos calcáreos del nitrato hasta las tempestades bravías del mundo antártico. Colocado entre la elevada cordillera de Los Andes y la insondable profundidad del Pacífico, tiene algo de un reptil que se defiende entre dos abismos. Su gente vive acosada por aluviones que bajan desde la montaña y por inundaciones iracundas que avanzan desde la inquieta superficie del océano.

Más aún; el desequilibrio permanente entre la

profundidad y la altura, somete al país a constantes e inesperados cataclismos. De improviso, la tierra empieza a moverse y todo lo que el hombre construyó en largos años, se derrumba sin piedad. El adobe de lodo, vuelve al lodo, la sementera se hace polvo y el viñedo se dobla. En un minuto, se siente como si todo el esfuerzo del trabajo y del ingenio, no tuviera importancia ante el estallido de una energía inconsciente y misteriosa.

Todo esto ha ido moldeando el carácter y la idiosincrasia del chileno. Fatalismo y resignación están presentes en cada espíritu fraguado en el molde del cataclismo. No somos un país de gritos ni de histerismos teatrales. No creemos en nada cósmico ni trascendental. Sabemos que lo único cierto es el día en que vivimos, lo único positivo es marginarse de la adversidad, lo único importante es desafiar al destino y no hacerlo con inútiles palabras, sino con reflexivo y laborioso silencio.

El comunismo, para el chileno, fue siempre algo foráneo y sin precisión. Cuando se vive en el peligro cotidiano y tangible, no hay ningún peligro retórico que nos asuste. Los discursos desafiantes y nebulosos, las actitudes mesiánicas y metafóricas, nos producen incredulidad y desconfianza. Frente a la catástrofe, siempre el hombre está solo y esa soledad es lo que ha ido labrando en nosotros un individualismo invencible y casi telúrico.

Salvador Allende creyó que podía superar este instinto nacional y fue metiendo en su propaganda un poco de lo que frívolamente, había tenido ocasión de leer o de escuchar. No había en sus discursos nada concreto ni profundo. Lo único que

había era la repetición incansable de fórmulas ya escuchadas, de conceptos prefabricados por el fanatismo rojo y una especie de tupida enredadera en que se abrazaban las utopías esteparias de Rusia con las barbas tropicales de Fidel Castro.

Pero detengámonos un instante en el fenómeno Castro, para explicar el fenómeno Allende.

Si se mira al ex Presidente de la Unidad Popular al través de un prisma democrático y legalista, ciertamente se impondrían reservas incuestionables y decisivas. Allende se confesaba democrático y respetuoso de la Constitución Política, tradicionalmente respetada en Chile por más de un siglo, pero eso no era óbice para que atacara a los poderes constituidos y se desentendiera de sus resoluciones. El proyecto aprobado por el Parlamento, que establece las áreas económicas, debía ser promulgado por el Presidente o sometido a plebiscito según la Carta Fundamental. Nada de esto ocurrió y, en consecuencia, el Presidente Allende se colocó deliberadamente al margen de lo que afirmaba respetar. De la misma manera que burlaba los acuerdos del Congreso, toleraba que sus funcionarios burlaran las resoluciones del poder judicial. Estas quedaban durmiendo en las Oficinas Públicas y el delincuente que contaba con el favor gubernativo, podía pasearse libremente fuera y dentro del país con el beneplácito de la policía. Decididamente el Presidente Allende estaba lejos de su posición verbalista de ser un democrático de convicción.

En cuanto a su repetida monserga en el sentido de que su Gobierno rechazaba la concepción es-

trictamente marxista y sólo entraba en la vía chilena al socialismo, ni los chilenos estuvieron convencidos de tal aserto ni los marxistas de extrema izquierda aceptaron jamás dicha formulación. En el fondo, Allende era un democrático marxista que desdeñaba lo democrático y aparentemente se apartaba de las reglas clásicas del marxismo.

Esto no era, como se ha creído, una táctica mentirosa y artera en él. Lo que sucedía es que Allende, después de su especialización profesional en la ciencia médica, no había tenido tiempo, en su ambiciosa carrera política, de estudiar y conocer a fondo los problemas filosóficos que configuran en el hombre moderno, una tendencia doctrinaria determinada. El vivió en medio de conciliábulos parlamentarios y de juegos de pasillo. Jamás se encerró en una biblioteca para leer y meditar. Jamás tuvo tiempo ni paciencia para conocer a fondo lo que es la democracia y hasta, diríamos, lo que es el marxismo.

Sucedió en él lo natural y explicable. Ayuno de conocimientos de fondo y necesitado de una consigna suficientemente atractiva para el comunismo chileno, el que guiaba sus pasos quizás sin comprenderlo él mismo, buscó un ídolo en quien afirmarse, ya que carecía de una cultura que lo mantuviera en pie. El asunto no es casual ni es nuevo. Antes de la creencia razonada o mística, estuvo siempre la idolatría. La creencia o el misticismo se basan en razones profundas o en delicadas sublimaciones espirituales. La idolatría se basa en la adoración de un ícono y a veces, este fenó-

meno pueril, lleva más lejos que la creencia o el misticismo.

Salvador Allende encontró un sustituto para reemplazar su carencia de motivaciones trascendentales en el drama de nuestro mundo moderno y este sustituto, este ídolo de cartón, este chivo de barbas tropicales, fue para él, Fidel Castro. Desde el primer día de su Gobierno hasta los últimos momentos de su vida en que, según el testimonio de una carta de Fidel a Salvador, tuvo influencia cierta el dictador del Caribe. Los discursos, las largas disertaciones, las afirmaciones repetidas sin descanso y las tentativas guerrilleras para consolidar su poder, no fueron otra cosa que la manifestación de un fenómeno de idolatría.

Del mismo modo que, en el interior del Africa, se adora a un animal cabrío; del mismo modo que, en la India, azotada por el hambre, no se puede consumir la carne de un vacuno venerable; de la misma manera que, en los países orientales, había que sacrificar vírgenes o niños para aplacar la ira de los dioses, así también Salvador Allende, trasvasijando su convicción doctrinaria en la devoción idolátrica, vivía mirando a Fidel, procuraba ser un Fidel guerrillero del mundo austral, eso sí que olvidando que una cosa es la lenta y fangosa corriente del Mapocho que baña Santiago de Chile y otra cosa es la montaña de Sierra Maestra, en que crecen los heliotropos y los sicomoros.

Un aspecto diferenciaba al guerrillero de la Habana del elegante guerrillero de Los Andes: era la concepción regalada de la vida del chileno

y la contextura bélica y sobria vestidura militar, del impaciente cubano.

Mientras éste se desplazaba en Cuba con su uniforme verde oliva y sus botas de media caña, comiendo a veces, durmiendo en ranchos campesinos y ejemplarizando con su sobriedad o su desprejuiciada bohemia, el otro, el del Chile libre y legal, compraba palacios y refugios idílicos para gozar de la vida, cambiaba ropas de corte inglés entre Tomás Moro y El Cañaveral, un paradisíaco rincón en que el agua virgen de la elevada Cordillera, se hacía canción y celestina para animar nocherniegas orgías regentadas por una secretaria de su intimidad.

El idólatra, como muchos de su género, gozaba de los favores del ídolo, pero sólo aprovechaba de él la nombradía, sin imitarle en la originalidad.

UNA MALA NOTICIA

Entre el atardecer del 10 de septiembre y el amanecer del 11, Salvador Allende, en vista de la partida de los barcos de la Armada en la mañana del lunes, a la Operación Unitas, celebraba una fiesta en su refugio del Cañaveral. Había de todo para el más exigente de los sibaritas: muchachas desabastecidas de ropa, víveres acumulados a despecho del desabastecimiento general, guardias armados del GAP en las puertas del grandioso harem y una cantidad de Whisky escocés llegado de Cuba con las correspondientes metralletas, éstas para aplacar una imaginaria guerra civil y aquél, para encender los ánimos de los comensales.

De pronto, en medio de la música de adentro y del recogido silencio de la montaña, sonó el

teléfono en uno de los aposentos del Cañaveral. Fiesta y música son ruidos desaprensivos. El teléfono es una música que llama a la realidad.

¿Quién habla? Una voz anónima. Este personaje, cuyo nombre no ha recogido la historia, pero cuya identidad sería provechoso investigar, avisa al Jefe del Estado que las naves de la Marina que habían despegado del puerto en la mañana para sumarse a la operación Unitas de la Armada norteamericana, estaban volviendo a su base, lo que, incuestionablemente, obedecía a extrañas órdenes superiores. ¡Adiós, fiesta!

El Presidente Allende comprendió la gravedad de esta noticia e inmediatamente revivió la escena que dos días antes se había producido en Tomás Moro con motivo de su empeño en que el Almirante Montero, recientemente renunciado, continuara en su cargo de Jefe de la Armada. El problema para Allende consistía en que, ateniéndose al escalafón naval, quien debía asumir el cargo en reemplazo de Montero era el Almirante José Toribio Merino, lo que constituía para el Primer Mandatario una designación peligrosa; porque el Almirante acababa de pedir, como juez militar, el desafuero del senador Altamirano, secretario general y jefe del mismo Partido del Presidente.

Allende se encontraba entre la espada y la pared, naturalmente más peligrosa la primera que la segunda, lo que no quiere decir que la pared, representada por su jefe partidario, fuera capaz de escuchar un rumor ante el cual sus oidos estaban sordos.

Carlos Altamirano, representante de la ultra izquierda en el Partido de Gobierno, era un hombre de franca extracción oligárquica. Había sido abogado de Chilectra en los tiempos en que se aprobó la ley de Defensa de la Democracia, que dejaba en clandestinidad a los comunistas y que fue inflexiblemente aplicada por Gabriel González Videla. En esos tiempos, el revolucionario de ahora no era otra cosa que un ejecutivo legal de la empresa norteamericana que daba sombras y luz a Chile. Como tal, persiguió a muchos obreros de la Compañía y los envió a "veranear" a Pisagua, una inhóspita rada en que la soledad del desierto compite con la soledad del mar.

De pronto, y mientras la esposa del flamante caudillo revolucionario abría elegantes boutiques en el barrio alto, vale decir, en el barrio aristocrático de la capital de Chile, el señor Altamirano se dedicaba al deporte de la sedición en Valparaíso. Es cosa de gente bien hacer deportes peligrosos en la nieve, pero todos comprendían que el aristócrata de antaño estaba confundiendo la nieve con el fuego y podía quemarse en él.

Pues bien; ante la resistencia del Presidente Allende para designar jefe de la Armada al mismo que estaba enjuiciando al capo del socialismo, el Almirante Merino visitó al Primer Mandatario en su bella residencia de Tomás Moro. Veremos después, en un capítulo especial, todos los pormenores de este verdadero palacio principesco del imitador de Fidel, pero detengámosnos ante una escena que me ha sido relatada por personas dignas de fe.

El Almirante Merino cruzó los alfombrados pa-

sillos de la residencia presidencial en medio de los armados guardianes extralegales del Presidente. Estos últimos formaban parte del GAP, sigla que significa Grupo de Amigos Personales y cuya denominación es confusa. Si eran guardias, ¿por qué no pertenecían a la policía civil? Y si eran amigos del Presidente ¿cómo puede entenderse que el Jefe de un Estado haya buscado en el lumpen del área social, amistades tan poco aceptables y tan proclives al abuso y a la arbitrariedad?

El caso daría para reflexiones más profundas y quizás coincidentes con la vigilancia marxista a que estaba sometido el habitante de Tomás Moro, pero, por ahora, dejemos esto y sigamos en su camino al bizarro Almirante en dirección al despacho del sedicente generalísimo de las Fuerzas de Aire, Mar y Tierra.

El rostro del Presidente Allende, al enfrentarse con el Jefe Naval, se encontraba francamente congestionado. Sabía de antemano que la conversación no sería cordial y él no tenía ningún interés en suavizarla. Por su parte, Merino, firme y resuelto a todo, adoptó una actitud marcial y esperó que Salvador Allende rompiera el silencio.

Este, titubeando un poco, pero entre irónico y serio, espetó la siguiente frase al inmutable marino:

—Ud. se propone ser Comandante en Jefe de la Armada.

—Sí, Excelencia. Aspiro al cargo porque me corresponde según el escalafón, ya que Montero ha presentado su renuncia indeclinable. Por otro lado,

es ésa la voluntad de mis oficiales, explícitamente manifestada.

Allende no pudo reprimir en ese momento una exclamación indiscreta y he aquí que, hilvanando lentamente las palabras, dijo sin inmutarse:

—Si usted ha declarado públicamente que es antimarxista, ¿cómo quiere que lo nombre?

La entrevista llegó a su clima más tenso y Merino, sin perder la serenidad y mirando fijamente al Presidente, mientras temblaba de furor la barbilla del GAP que se encontraba junto al Presidente, respondió con firmeza:

—Me corresponde por derecho el cargo de Almirante en Jefe y lo seré.

Tales palabras, incomprensiblemente olvidadas, debieron hacer temblar las paredes de Tomás Moro, eran más sugestivas que las propias bombas que lanzarían los aviadores el 11 de septiembre contra la casa presidencial y, naturalmente, volvieron súbitamente a los oídos de quien comprendió de improviso lo delicado y lo impotente de su situación. Comprendió también, que detrás de esas palabras, no sólo había un hombre con uniforme naval; estaban los barcos de nuestra Escuadra, estaba la gloria de Chile y ¿por qué no decirlo?, estaba también la solidaridad de los compañeros de armas del Almirante Merino, fueran éstos marinos, aviadores o militares.

DE TOMAS MORO A LA MOÑEDA

El sol empezaba a asomar entre los pliegues de la vieja Cordillera. La noticia recibida de Valparaíso guardaba consonancia con la enérgica afirmación del Almirante. Dentro de la mentalidad politiquera del Presidente, comprendía que ya no había hueco para transacciones. Se lo habían dicho ya y se resistía a creerlo. Poco a poco se iba perfilando la verdad ante sus ojos atónitos. Empecinado y orgulloso, seguía dudando, pero ahí estaba el hecho consumado de los barcos que volvían a Valparaíso y no lo hacían con propósitos inocentes. Allende se acercaba al final y en el borde del abismo, todavía buscaba alguna fórmula para enfrentar a las Fuerzas Armadas dispuestas a derribarlo.

Tres días antes del golpe, un general retirado amigo suyo, se le acercó y le dijo:

—Presidente, usted no tiene otro remedio que renunciar o cambiar de posición. Está sentado en un barril de pólvora y el golpe militar es inminente.

La persona que me ha narrado esta conversación, sostiene que Allende, hinchando el pecho y con su conocida prepotencia, le tranquilizó en forma displicente:

—No se preocupe, General; el día en que los militares quieran derrocarme, yo los aplasto con los cordones de Santiago y, en cuanto a Tomás Moro, es una fortaleza inexpugnable.

Desde que comenzó su período, el Presidente vivió envuelto en una nube de espesa densidad y en un estado de invencible ceguera. Creía que la banda presidencial, en cuyo broche de precioso metal estaba el vínculo que nos une por más de un siglo y medio con nuestro padre O'Higgins, era suficiente garantía para dar impulso a todos los caprichos, para justificar todas las concupiscencias y para amarrar, incluso, la soberanía del país, a una nación eslava que nada tiene que ver con nuestras costumbres y con nuestros viejos ancestros.

Menos aún servía esa banda para que, por mano ajena y en nombre de una guerrilla tropical, pudiera creer el dictador del Caribe que, por el solo efecto de su palabrería incansable y de su ardiente tropicalismo, podía dominar a una nación en que Cancha Rayada, el sitio de Rancagua, la batalla de Yungay, la epopeya de Iquique y los héroes de la Concepción estaban proclamando el

sentido invencible de soberanía de un pueblo que jamás aceptó la servidumbre y siempre supo recuperar en la adversidad, el signo de su honor y de su insobornable dignidad ante la historia.

Pero Salvador Allende, navegando en su nube como los tripulantes de la estratosfera, volvía siempre los ojos para no mirar la realidad y lo que era el producto de sus propios errores, en este caso siguiendo la estrategia marxista, lo cargaba a fascismos imaginarios y a supuestos ataques del imperialismo yanqui. Nunca entendió y quizás le convenía no entender, que la economía del país, con su aquiescencia dogmática, estaba siendo lentamente demolida. Nunca entendió que la política de un Vuskovic soviético disfrazado de economista, no era otra cosa que la consigna de destruir todas las energías creadoras del país para entregar el mar y el cobre en manos ajenas. Nunca quiso penetrar en el fenómeno del desabastecimiento crónico, del billete inútil en manos de un pueblo engañado, de las pérdidas que ocasionaban las empresas estatizadas en vista de que los obreros vivían en asamblea permanente y los comunistas, extranjeros o chilenos, ocupaban esas industrias en fabricar bombas y metralletas. Sumido en la molicie del Cañaveral, viajando de un punto a otro del país para gobernar desde lo alto, indiferente a una inflación gigantesca que, según el programa de su candidatura, no era otra cosa que un robo contra el pueblo, luchando contra los molinos de viento de un fascismo imaginario que no existía sino en su mente afiebrada y en la fría estrategia de los comunistas, estaba llegando la hora trágica para él, en que las mujeres, los estudiantes, los

obreros del cobre, los transportistas y, por último, los militares, le cobraban la cuenta de tan vergonzosa bacanal.

Eran las siete de la mañana y Salvador Allende, haciendo previamente una visita a Tomás Moro, llegó a la Moneda, que es el Palacio de los Presidentes de Chile y que él consideró inadecuado para habitarlo en el mismo momento en que exaltaba al pueblo por la miseria de sus poblaciones marginales. Entró por la puerta de la calle Morandé y se imaginó que allí, tras los muros de piedra de la casa de Toesca, podría estar más seguro que en su residencia habitual.

En esto, como en todo, Allende razonaba con frivolidad. Cuando el 29 de junio pasado, llegaron los tanques del Comandante Souper y atacaron la Moneda, el Jefe de la Unidad Popular invitó a su despacho a los mandos de las Fuerzas Armadas para defenderse de la sediciosa rebelión. Se dice que, en esos momentos, los militares rechazaron la posibilidad de bombardear el palacio de Toesca en vista del peligro de destruir, con el ataque, los edificios colindantes de la sede presidencial.

Esto, al parecer, influyó en el hecho de que Allende, sin mayor examen, se trasladara a la Moneda para defenderse de la agresión prevista. Creyó que la Moneda, por tener edificios colindantes, era más segura que Tomás Moro.

Hay en esto un sistemático signo de contradicción y de superficialidad en los cálculos presidenciales. Si él desconfiaba de las Fuerzas Armadas hasta el punto de organizar a los cordones para defenderlo, ¿por qué se fundó en la advertencia

del 29 de junio y no investigó a fondo sobre la capacidad de los aviadores chilenos de dar precisamente en el blanco que se proponen y no turbarse un milímetro de su radio de acción, como ocurrió el 11 de septiembre?

Otra observación fundamental: si él consideraba que Tomás Moro era una fortaleza inexpugnable, ¿por qué olvidó esta circunstancia y sólo se atuvo a no comprobadas afirmaciones hechas al azar?

Todo lo anterior forma parte de la superficialidad, el criterio cambiante y sin consistencia con que el ex Presidente de Chile enfrentaba los problemas que tenía por delante. Planteaba proposiciones equívocas, vivía en permanente pesadilla irracional, iba de un lado para otro sin quedarse en el otro lado ni en éste. Podríamos decir que era un sonámbulo quien ejercía las funciones de Presidente de Chile.

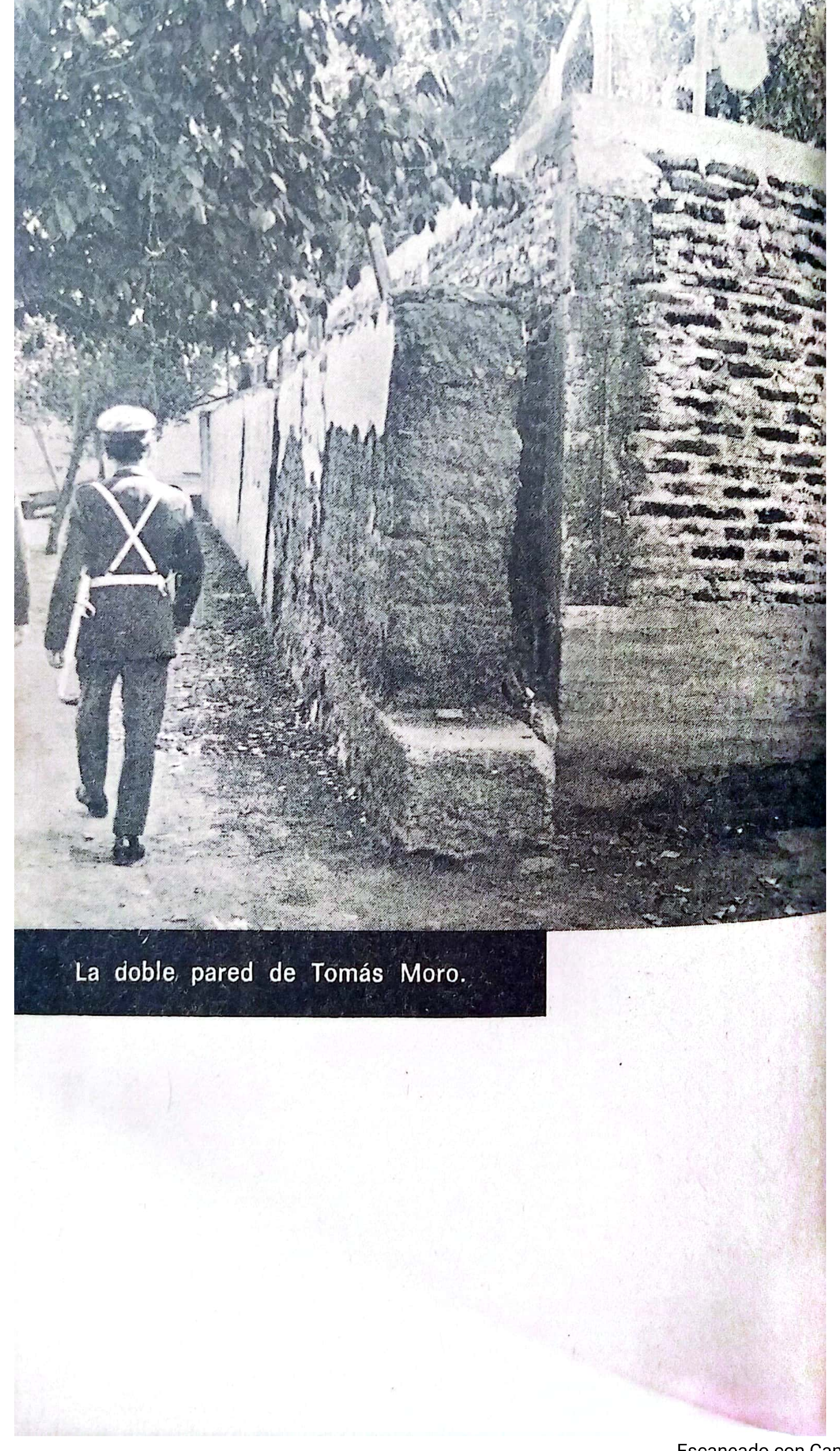
No nos detengamos, sin embargo, mucho tiempo en esta futil consideración y lleguemos el 11 de septiembre con Salvador Allende a la desacostumbrada hora de las ocho de la mañana a la Moneda para enfrentarse a lo que él veía venir. Dos días antes, había sostenido que no existía pan sino para menos de una semana; comprendía que el barco económico naufragaba sin remedio, era lúcido para dar testimonio de todo lo malo y carecía de toda lucidez para conducir al pueblo a una senda de salvación.



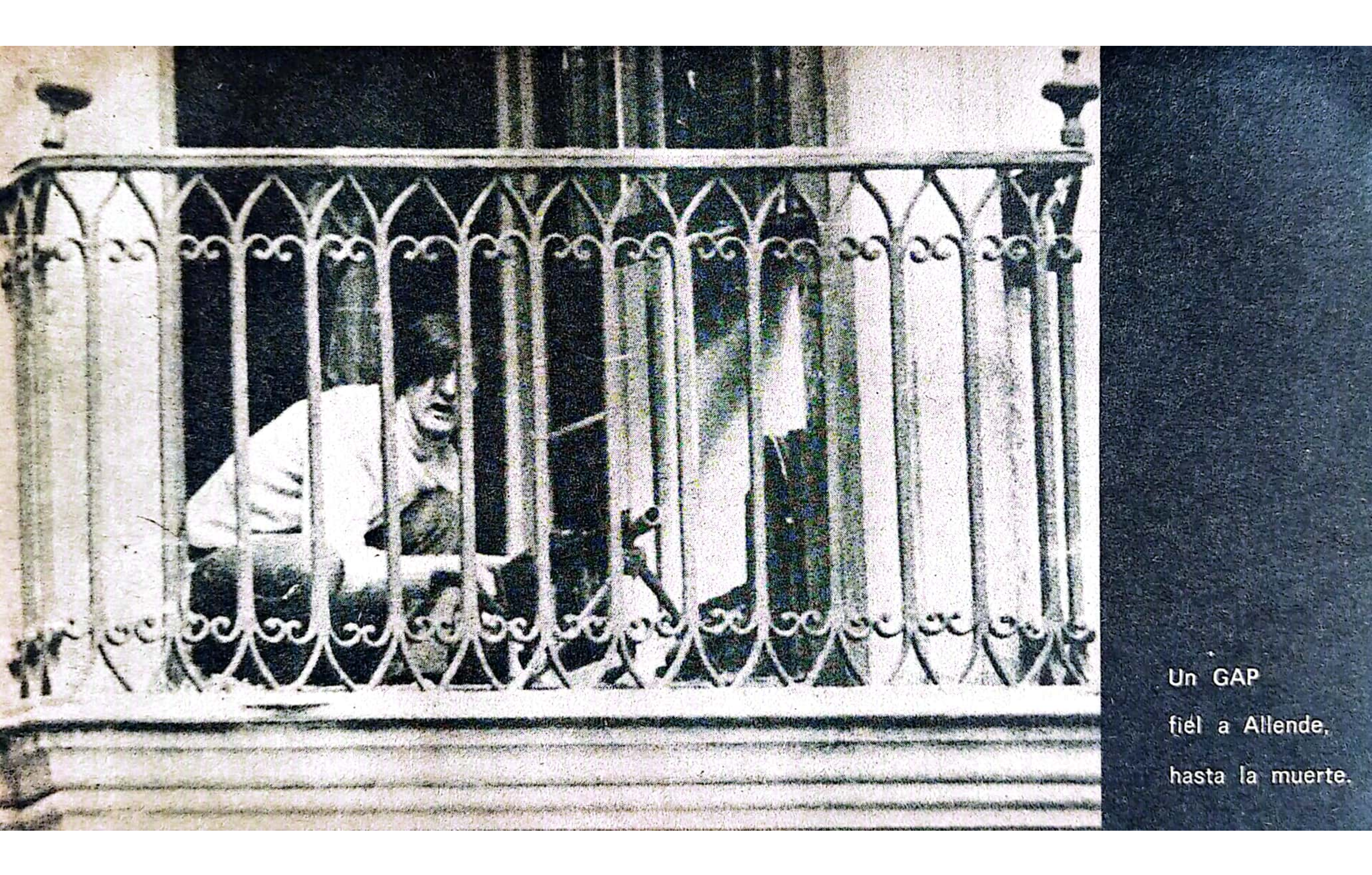
LA SUERTE ESTA ECHADA . . .



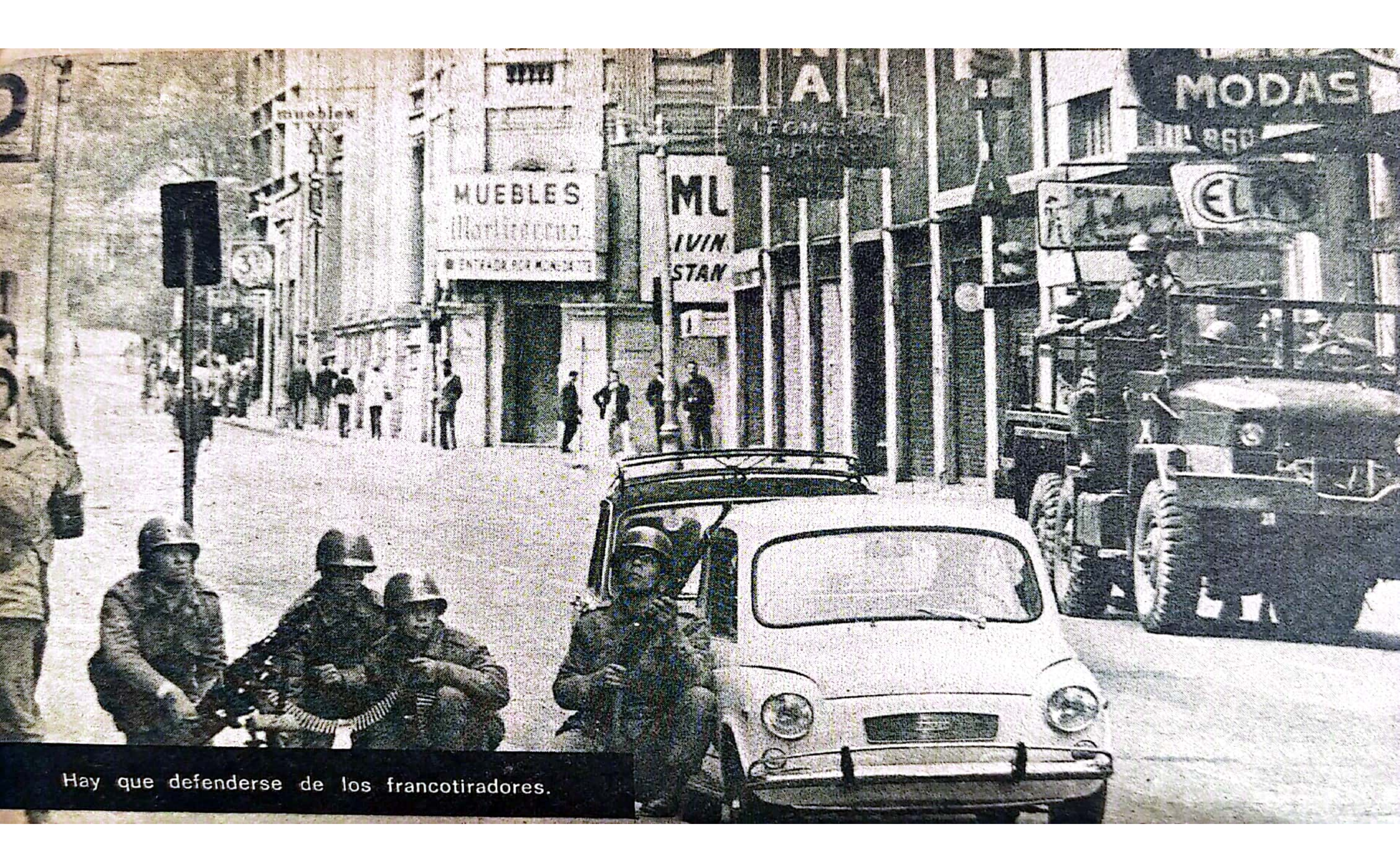
El guerrillero y el General Baquedano.



La doble pared de Tomás Moro.



Un GAP
fiel a Allende,
hasta la muerte.



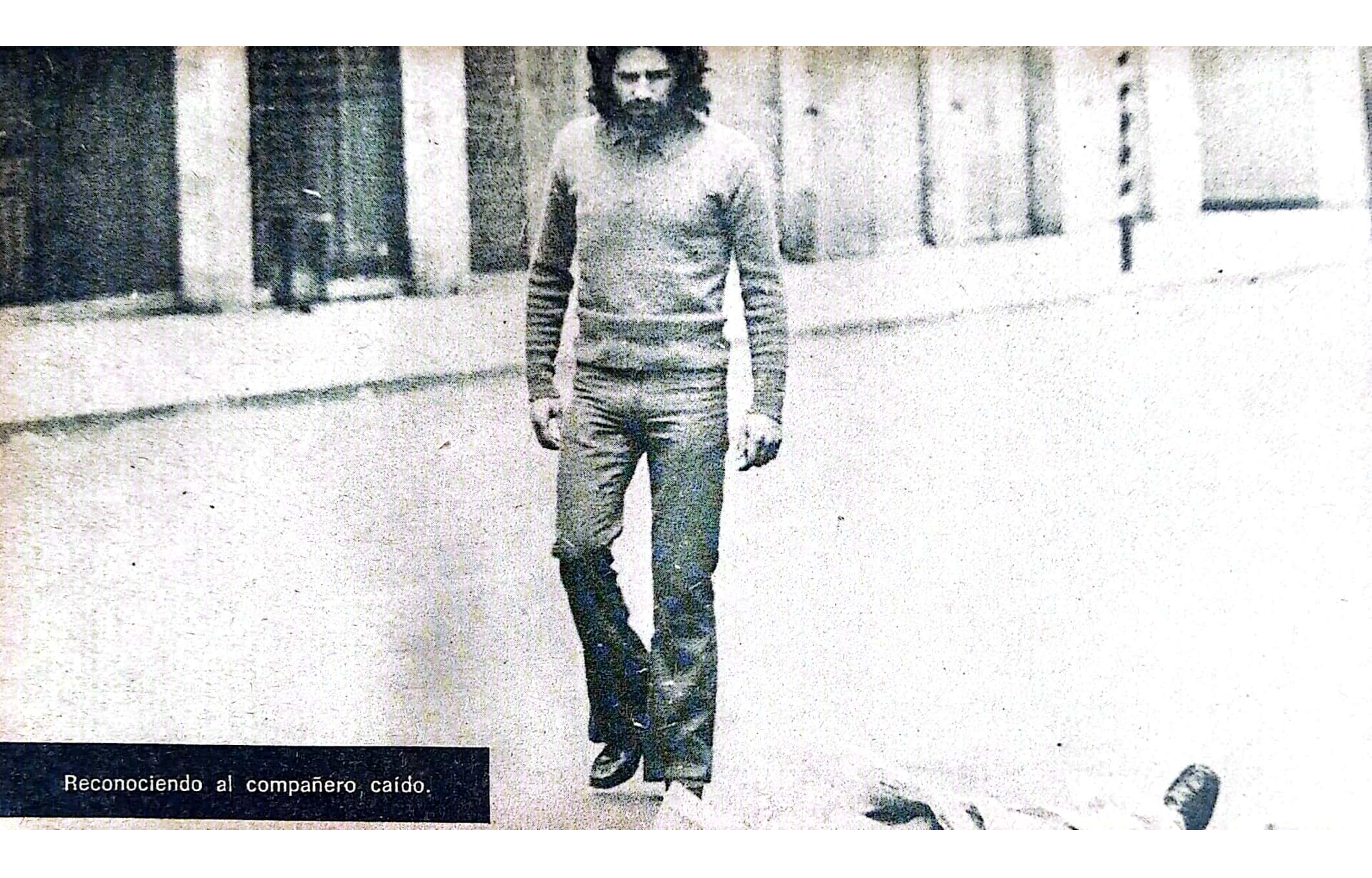
Hay que defenderse de los francotiradores.



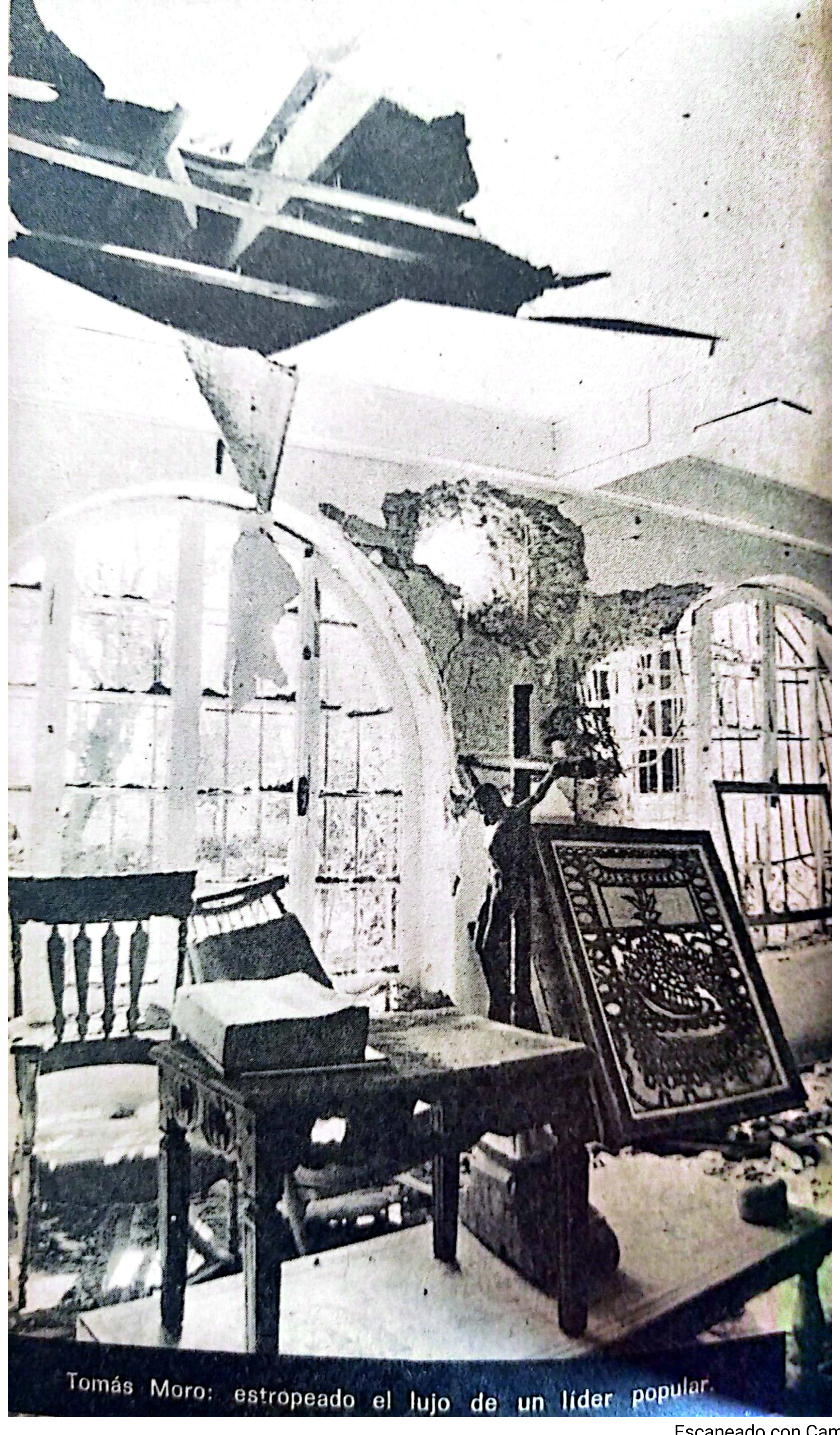
¿Quién no entiende con buenas maneras?



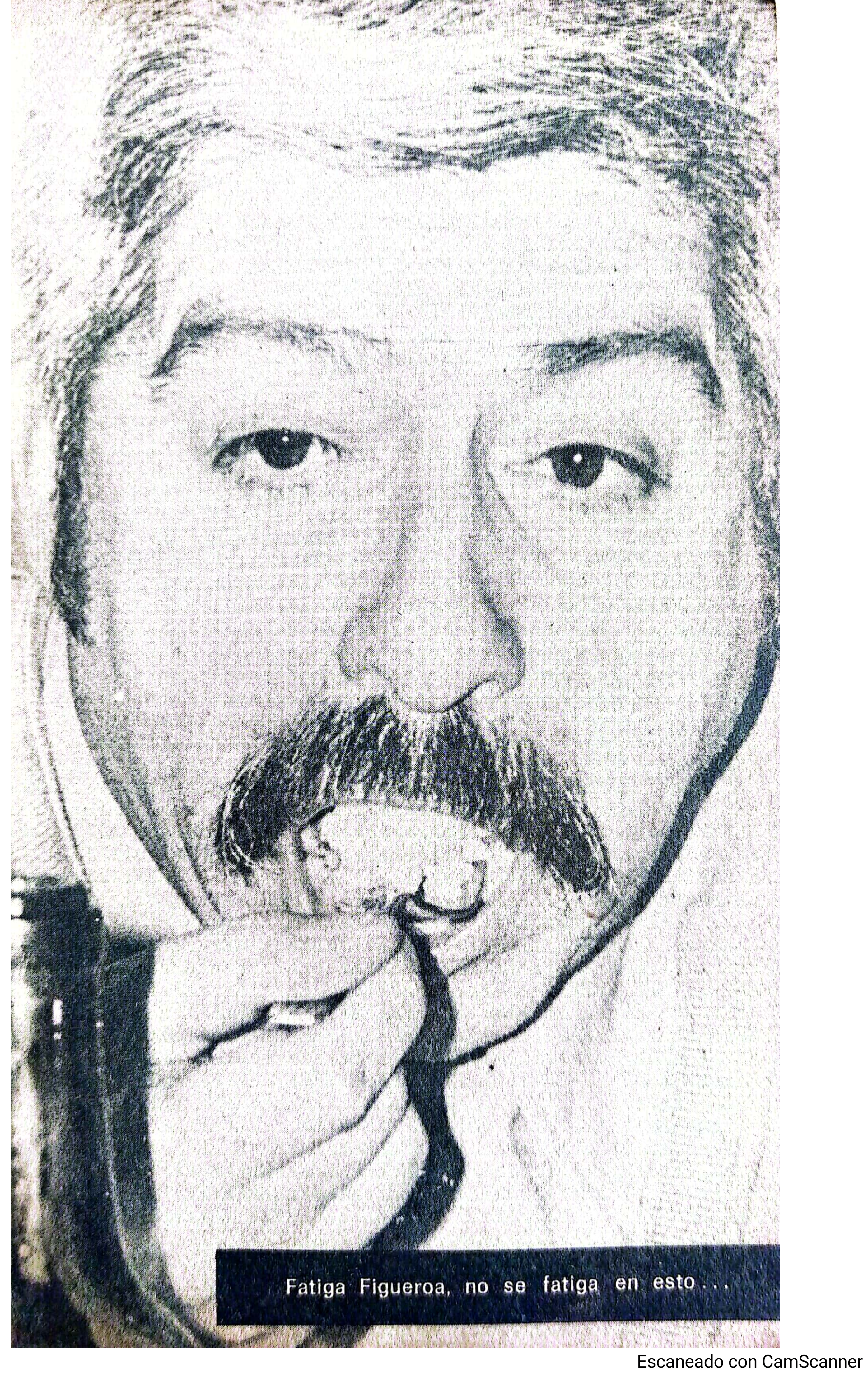
Un tanque contra el marxismo.



Reconociendo al compañero caído.



Tomás Moro: estropeado el lujo de un líder popular.



Fatiga Figueroa, no se fatiga en esto...



El burgués de salón.



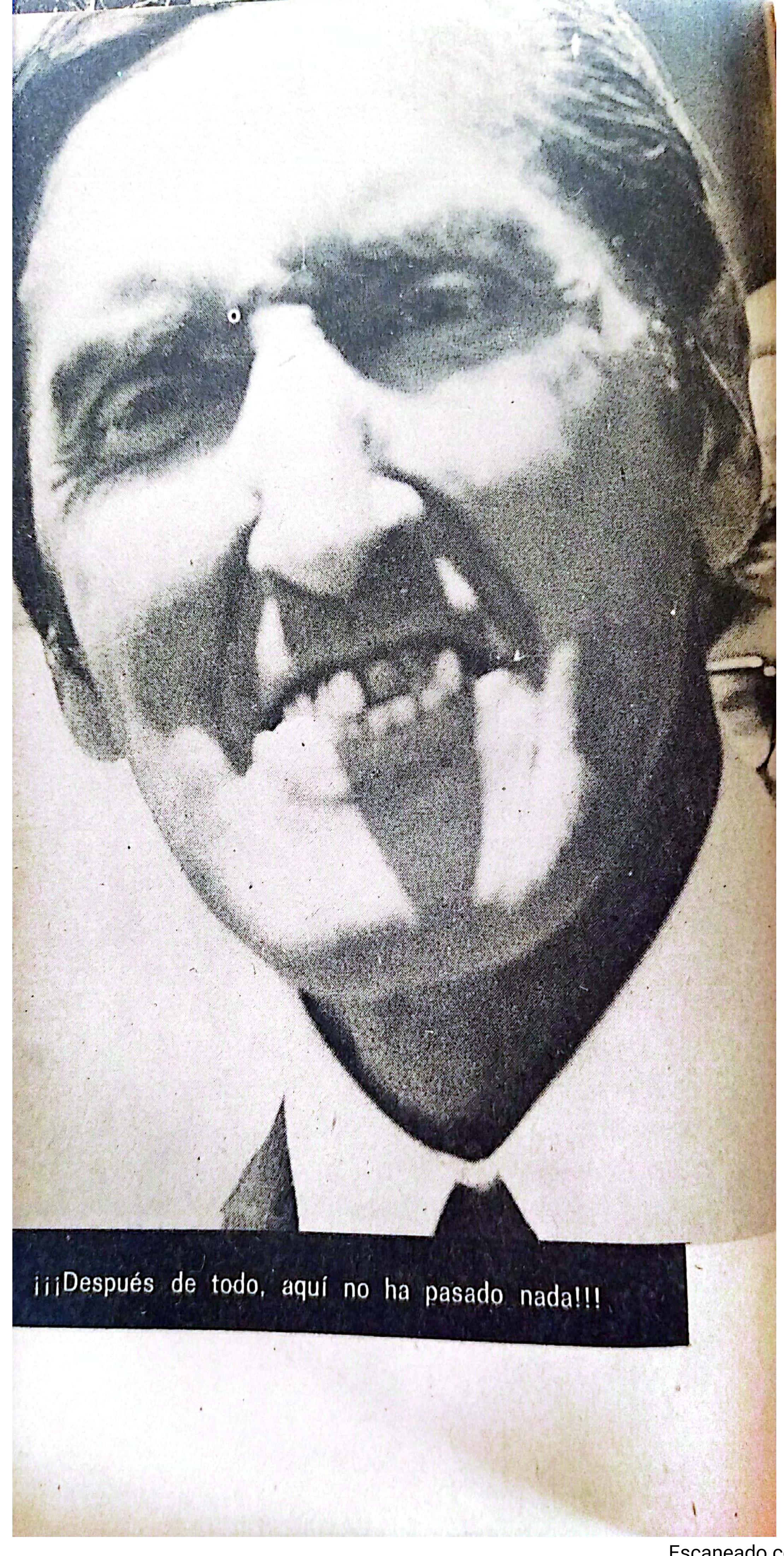
El guerrillero.



Allende y su GAP canino.



René Largo Farías anuncia:
¡SU PROPIA CLAUSURA!



¡¡¡Después de todo, aquí no ha pasado nada!!!

EL ULTIMO MUÑEQUEO

A las nueve de la mañana, desde el despacho presidencial, empezó el ejercicio del muñequeo, pero se puede muñequear con los políticos y no con los militares ya cansados de tanta venalidad. Llamó a todos los jefes de las Fuerzas Armadas por teléfono y se encontró con que todos estaban unidos contra él. Los adversarios, rechazaban toda proposición de arreglo; los amigos, respondían con el silencio.

Y lo más importante de esta actitud de los altos mandos del Ejército es que ella no provenía, como ocurre en otros países, de una deliberada intención de apoderarse del Gobierno por la fuerza ni existía un caudillo castrense con ambiciones políticas. No había aquí ni un Trujillo ni un Papa

Doc ni un Pérez Jiménez. Lo que había es que la situación de Chile se asemejaba mucho a la de un país en derrota. El Presidente Allende había concentrado en las fronteras de su patria a todos los refugiados de las guerrillas marxistas del mundo entero. No era difícil caminar por las calles y encontrarse con extraños turistas de luengas barbas que nadie sabe por qué permanecían en Chile tan largo tiempo y en qué se ocupaban. Decimos turistas, por no decir invasores. En realidad, eran un ejército marxista que estaba en nuestro suelo aleccionando a los elementos extremistas para organizar las guerrillas. Como se ha podido descubrir después de la caída de la Unidad Popular, existían campos de adiestramiento a lo largo del territorio. Frente a la propia casa de "descanso" del Cañaveral. se pudo descubrir un verdadero cuartel en que los enemigos de Chile adiestraban a chilenos, ante la mirada y complacencia del propio ex Presidente, para ese día en que Rusia, con la colaboración de Cuba y contando con la traición de los marxistas de acá, iban a desafiar a nuestras Fuerzas Armadas en una especie de operación de conquista del país.

Chile siempre se ha enorgullecido de sus soldados. Estos derrocharon heroísmo, a través de nuestra historia, desde la batalla de Yungay que hizo polvo la confederación perú-boliviana, hasta la epopeya de la Concepción, en que setenta hombres de tropa con su jefe a la cabeza, se enfrentaron en la sierra del Perú a cuatro mil enemigos. Dos días combatieron sin rendirse y, por cierto, la rendición no se produjo con la bandera blanca de rigor, sino con el negro crespón de la muerte, que cubrió

con su silencio el cuerpo del último soldado sobreviviente.

Dentro de lo político, también las Fuerzas Armadas de Chile dieron ejemplo de obediencia a la Constitución y a la ley. Salvo en el caso del Presidente Ibáñez, el que fue elegido, pese a todo, en un comicio popular, el Ejército en Chile jamás amamantó caudillos en su seno. Cuando el General Baquedano, después de sus triunfos, volvió a Santiago en medio de vítores y delirantes aplausos, hubo políticos que le ofrecieron la candidatura presidencial y el gran soldado, cuya estatua se venera hoy en la plaza que lleva su nombre, rechazó la proposición y prefirió el silencio, sin lograr, por supuesto, acallar el ruido que su gesto ha producido en nuestra historia:

El gran error que había cometido Salvador Allende, sin contar el desastre económico a que arrastró al país, fue creer que se podía jugar sin límite con las Fuerzas Armadas de Chile como si se tratara de soldaditos de plomo. Había jugado con los partidos no marxistas que le acompañaron para darle cierto aspecto democrático a su gobierno. Jugó con ellos bajo el engañoso prisma del pluralismo. Había jugado, en el dintel de su Gobierno, con la buena fe de la Democracia Cristiana, que, a cambio de un convenio de garantías constitucionales, le dio en el Congreso la mayoría que no obtuvo en el pueblo. Jugó con ellos al través de espíritus movidos por el combinado viento del patriotismo y la excesiva confianza. Había jugado con los pobres, a quienes llamaba "compañeros" en forma verbal, pero en cuyo drama de desabastecimiento no los acompañaba.

La prueba está en las inmensas reservas de carne, de leche, de toda clase de manjares exquisitos y de toda clase de vinos y licores que se guardaban en las bodegas de la Moneda, de Tomás Moro y el Cañaveral. Había jugado, como en un juego de cartas, con la miseria y la credulidad del pueblo. Allí están las cuarenta medidas, brillantes y promisorias en los discursos de candidato, pero absolutamente olvidadas, una por una, en su gestión de gobernante.

El juego con los militares era más complejo y podría parodiarse acerca de él, la publicitada frase de la Compañía de Papeles de Puente Alto:

¡Con los militares, NO!

PROLEGOMENOS DE LA CAIDA

Durante tres años, el Presidente Allende no gobernaba al país ni de noche ni de día. En las noches, jugaba con alegres contertulios en sus mansiones principescas. En el día, jugaba con los políticos en su partido y fuera de él. Agotado este juego, no tuvo otro remedio que pretender jugar con los militares. Chile, en octubre de 1972, estaba agotado en sus recursos económinos y en su paciencia. La agricultura se encontraba paralizada por la inseguridad en el trabajo. La industria estatizada, en lugar de tributar al país y proporcionarle recursos al presupuesto, se había convertido en una nueva carga para la caja fiscal, en vista de las pérdidas provocadas por el sectarismo y la holganza. El comercio, incapaz de man-

tener los precios fijados por el Gobierno, languidecía y resbalaba a la ruina. Entretanto, funcionaba un mercado negro en toda clase de artículos imprescindibles y la gente se encontraba con el dilema de no comer o de pagar elevados precios especulativos. Salvador Allende, siempre bajo su doctrina del juego inconsistente, no imaginó otro recurso que seguir jugando con el país y barajando culpas, como se barajan goles en una cancha de foot ball. En sus discursos, reconocía el desastre, pero no culpaba de esto a la desastrosa gestión económica de su gobierno. Hablaba de la intervención extranjera, acusaba a la Kennecot y a la ITT, fundaba arbitrariamente en el país un imaginario fascismo y afirmaba que eran los imperialistas y fascistas los que habían precipitado a Chile a la ruina.

De pronto, el comercio cerró sus puertas en señal de protesta ante la inacción de un gobierno ineficaz. ¿Qué hacer contra esto? Nuevo juego: formar un gabinete con militares y designar Ministro del Interior al Comandante en Jefe del Ejército, General Carlos Prats.

Ciertamente, tanto los soldados de tierra, de aire y mar, no miraban con buenos ojos este recurso en que, de todos modos y pese a las declaraciones públicas, el Ejército iba a comprometerse con el marxismo. Pero la obediencia de nuestras Fuerzas Armadas llega tan lejos y Salvador Allende manejaba con tanta lucidez sus relaciones con los militares, que la solución del paro de octubre cayó en manos de éstos, sin que se entregaran también en sus manos los instrumentos administrativos co-

rrespondientes. Lo que hubiera podido exigir el flamante Gabinete con representación militar en un acto de reflexión serena, lo pasó por alto el Presidente contando con su macuquería sagaz. La jugada estaba a la vista: decirle al Ejército:

—Si nosotros hemos provocado la catástrofe, no importa. Ayúdennos ustedes a salvarnos, pero no nos exijan nada.

No queremos en este momento hacer un juicio sobre la actuación, bastante discutible ante el país, del General Prats González en el cargo de Ministro del Interior y posteriormente vice Presidente. Hay algunos en Chile que le consideran excesivamente sumiso a la voluntad arbitraria del Jefe del Estado. Hay otros que lo absuelven afirmando que su presencia en el Ministerio sirvió decisivamente para abrir paso al movimiento militar en preparación. De todos modos, y en el mejor de los casos, la actuación de Prats resulta dudosa y, si bien afirmó un amigo mío, que le corresponde un lugar en la historia, de todos modos ese lugar es un poco incómodo, porque si era servidor incondicional del Presidente al margen de la voluntad de las Fuerzas Armadas o si era servidor de éstas en contra del Presidente, a alguien estaba engañando.

Pero dejemos de lado este asunto personalísimo y veamos el resultado del juego presidencial ante el paro de octubre. Los comerciantes y funcionarios en huelga se entrevistaron con el Ministro Prats y éste contrajo el compromiso de "hacer borrón y cuenta nueva" en lo que se refiere a represalias, a cambio de que se normalizara la situación.

El honor militar es demasiado respetable en

Chile y, naturalmente, frente a la palabra del Comandante en Jefe, los gremios volvieron inmediatamente al trabajo. Al día siguiente, sin embargo, comenzaron las dificultades. Los funcionarios gremialistas del Banco Central que se mantuvieron en receso durante el paro, no fueron aceptados por el Presidente del Banco y éste se desentendió de la promesa empeñada por el Ministro del Interior. En otras oficinas ocurrió lo mismo. El Ministro era una cosa y los funcionarios, eran otra. Naturalmente, los funcionarios sabían que, por encima del Ministro estaba el Presidente y ellos representaban la opinión vengativa del "compañero", aunque se quebrantara con ello el honor del militar.

Lo mismo ocurrió, algún tiempo después, con los obreros del mineral de El Teniente. Se dictó una ley a su favor y contaban con el compromiso del General Prats de cumplirla. Los directivos del Mineral estaban dispuestos también a pisotear tal compromiso y, estando ya fuera del Gobierno el General, nada se ganaba con invocar su nombre, mancillado cuando se encontraba en el poder y con mucha mayor razón, olvidado y desconocido ahora por los mandos medios.

La burla del Presidente a los militares iba a continuar adelante y es comprensible que en los corrillos y en los regimientos se sintiera el rumor de un descontento silencioso, pero en peligro de estallar. Los militares empezaban a entender que el pueblo entero gemía bajo la dominación marxista y, naturalmente, cuando la patria se ve amenazada por un enemigo instalado en el poder, no existe otro recurso que volver la vista hacia aquellos que responden de la seguridad interna y externa del país.

Cuando el Presidente, acuciado por los acontecimientos y amenazado de nuevo por otra huelga más violenta que la del comercio, vale decir, de los transportistas, pretendió una vez más organizar un Gabinete militar. Comprendía que, como lo dijo gráficamente, intentaba la "última oportunidad para salvarse". Su gobierno, sin embargo, ya no se encontraba en un lecho de rosas. Los militares aceptaban a regañadientes compartir las responsabilidades de Gobierno. En cierta ocasión, el Almirante Huerta, en defensa de su dignidad e interpretando el sentir de los oficiales de la Armada, presentó su renuncia de Ministro de Obras Públicas, como haciendo la primera advertencia al fracaso de la muñeca presidencial.

El Presidente se mordía los labios e instintivamente comprendía que la nave de su Gobierno había empezado a naufragar en la rada de Valparaíso. Es posible que el golpe más mortal que recibió en esos días fuera el proceso que el Almirante Toribio Merino iniciara contra el senador Carlos Altamirano y el diputado mapucista Garretón, este último un tipo de barba rubia que, aunque gris en su actuación pasada, quería brillar como sedicioso, ya que no había brillado como político.

Lo peor para el "compañero" Allende es que los que él creía compañeros, no lo ayudaban a desafiar la tempestad y, entretanto, los marinos, acostumbrados a las tempestades del mar, se sentían a sus anchas desatando un temporal que los políticos de oposición miraban con simpatía y los extremistas de izquierda, en lugar de suavizarlo, se encargaban frente a él, de echarle leña a la hoguera.

LA ULTIMA TENTATIVA

El anuncio que recibió Salvador Allende en el Cañaveral en el sentido de que los barcos que habían zarpado a unirse con las naves norteamericanas de la operación Unitas, estaban volviendo a la rada de Valparaíso, le hizo comprender, como ya lo dijimos que, para él, como en la frase de Julio César, la suerte estaba echada. El Almirante Huerta lanzó el primer dado en el cubilete trágico; en seguida el General Ruiz Danyau, continuando en la senda de honor de los militares de Chile, lanzó el segundo dado del juego mortal. El resto de los dados estaban listos para completar la partida y Allende lo sabía, según lo consigna en su diario de vida el 8 de septiembre, o sea, tres días antes de su caída. Se siente atribulado porque las Fuerzas

Armadas lo abandonan. Lo abandonan los marinos, los aviadores, los hombres de tropa y los leales carabineros. ¿Qué hacer? El juego está perdido y la última jugada que le queda y que consigna en su diario, es llamar al pueblo a defenderlo.

Pero a esa hora del amanecer, ¿dónde está el pueblo? Y si duerme en ranchos miserables mientras él habita palacios faraónicos, si el pueblo siente que el hambre lo adormece y la inflación y la cesantía lo aplastan, si los cordones que aprietan la garganta de Santiago ya no tienen fuerza para apretar a nadie, y sus componentes, apenas tienen garganta para vociferar las consignas de La Habana y de Moscú, ¿qué le queda al Mandatario para mantenerse en el poder?

Como hemos dicho, Allende nunca abandona lo que fue para él sustantivo en su carrera y tan poco revolucionario. Hay que cambiarse ropa y vestirse a la altura de las circunstancias. Tiene un traje para cada ocasión, un sombrero para cada alternativa. Si se trata de un paseo campestre, lo veremos con un sweter que llega al cuello y una holgada parka entregada al viento. Si hay que recibir a un diplomático que presenta credenciales, allí está el terno oscuro y la corbata impecable. Si es necesario hacer ejercicios de guerrilla a cargo de su amigo Paredes, lo vemos lucir una camiseta abierta en el pecho y un sombrero blanco de fibra ecuatorial. En este momento, en que presiente la necesidad de enfrentarse a los militares, ya había tenido la precaución de ir a Tomás Moro para cambiar la tenida de la fiesta por la austera y respetable vestimenta presidencial. Aunque su concepción ma-

sónica le aparta de las consignas clericales, en este momento dramático, rechaza aquello de que el hábito no hace al monje. En la abastecida ropería de su pieza de vestir de Tomás Moro, pudo encontrar, sin duda, el hábito que cuadra a la majestad de su elevado cargo. Si se trata de morir, hay que entregarse a la tumba con la dignidad externa que imponen los cadáveres.

En el apéndice de este libro, insertamos algunos párrafos del discurso del jefe del socialismo señor Altamirano, que, en el Estadio Chile, en una asamblea de su Partido, declaró enfáticamente que no aceptaba ningún diálogo con la oposición y que reconocía sus conversaciones secretas con oficiales y marinos de la Escuadra.

Prácticamente, lo que buscaba Altamirano era lo contrario de lo que interesaba al Gobierno: encender más la chispa de la oposición y hostigar a las Fuerzas Armadas como en una corrida de toros.

INTENCION DE RENDIRSE

Una vez frustrada la tentativa telefónica para enfrentarse con los jefes militares y tratar con ellos de viva voz en esos diálogos que para él constituían lo sustancial de la política, buscó un nuevo medio de comunicación, eso sí que ya con la decisión de rendirse. Para ello, designó una comisión de funcionarios, los más adeptos y serviles de su Gobierno, entre los cuales, naturalmente, se encontraba aquel Daniel Vergara que, en los momentos más conflictivos y para tranquilizar las cosas enervándolas, apretaba los labios ocultando sus dientes de animal carnívoro y exclamaba con ruda frialdad: "no pasa nada".

La comisión abandonó la Moneda y se dirigió al Ministerio de Defensa para tratar con los altos

mandos, las condiciones de la rendición. Los militares se preguntaban con asombro: ¿de qué condiciones se trata?

La única condición que se exigía era la renuncia del Presidente. Si éste quería salir de la Moneda, se le garantizaba su seguridad personal y se le facilitaba un vuelo al exterior. De no hacerlo así, tendría que atenerse a las consecuencias.

El Presidente creía que aún había tiempo para un entendimiento político y que todavía conservaba en su poder algunas herramientas para exigir algo.

Profundo error. En ese momento había estallado una guerra entre el Ejército de Chile y su Generalísimo que lo traicionaba.

Los jefes militares estaban demasiado ocupados como para seguir conversando sin ningún objetivo particular. Se negaban a introducirse en el socavón del regateo. No había sino sólo un camino: que el Presidente renunciara a su cargo y abandonara la Moneda de una vez. Era un enemigo de la patria, se había sometido a los guerrilleros de Fidel y a las consignas de Moscú. No le importó demoler la economía de Chile, no le importó la soberanía patria y estaba entregando a los rusos una base en el Pacífico. No le importó el hambre de los chilenos y estaba dispuesto a saciar, con productos de nuestro terruño austral, el insaciable apetito de su compañero Fidel, quien realizaba la operación comercial de cambiar metralletas y consignas revolucionarias, por zapatos, por telas y por cuanto hacía falta en Chile y se expendía en La Habana.

Cuando volvió la comisión encargada de buscar

algún arreglo pacífico a base de que continuara Allende en el poder y siguieran gobernados los chilenos por una muñeca y no por un estadista, comprendió el jefe marxista por fin que su mandato había terminado y era necesario buscar una salida elegante a la situación, aunque fuera a costa de su vida. Al actor de la opereta chilena de la vía al socialismo, no le quedaba nada que intentar y, como los actores de oficio, decidió retirarse teatralmente de la escena.

Ya veremos si estamos en presencia de un héroe o de un artista consumado que, así como agotó las posibilidades de llegar a la Moneda, buscaba en este momento la manera más dramática para abandonarla.

Los militares no querían sangre y abrían la puerta para cualquier arreglo en que estuviera comprendido el abandono del poder por parte del Presidente marxista. Su Edecán aéreo le ofreció galantemente un avión para salir del país con las personas que él indicara. Esto, al comienzo, lo aceptó de buen grado, pero en el mismo momento en que resolvía entregarse y dejar el mando, los extremistas que le acompañaban le indicaron que, si no caía en poder de los militares, iba a ser diezmado por los francotiradores que disparaban desde los balcones del Ministerio de Obras Públicas, que se encuentra frente al palacio de la Moneda. No estaba propiamente ahora entre la espada y la pared. Estaba entre las balas de unos y las balas de otros.

Contra lo que pensó en el primer momento, la Moneda fue ametrallada por los cohetes de la aviación con una precisión matemática. Lentamente y

sin rozar siquiera a los edificios circundantes, fueron desprendiéndose los muros e incendiándose los cielos y los pisos del viejo palacio. Adentro estaba el fuego del incendio y afuera, el fuego incesante y audaz de los francotiradores.

El ataque a la Moneda se produjo porque la resistencia armada iniciada desde su interior impedía que los soldados penetraran a ella, con el objeto de aprehender al ex Presidente Allende. Dicha resistencia había producido y continuaba produciendo bajas entre las fuerzas militares.

Ya no había nada que hacer para el empecinado jefe del marxismo a la chilena o mejor, para el adorador idolátrico de Fidel. Ya hemos dicho que hay una carta en que el cubano le aconseja el suicidio como medida suprema y había llegado el momento de obedecer al cubano. Salvador Allende fue siempre cuidadoso de las formas. El suicidio, en ese momento, para él, era una especie de refinada tenida de etiqueta. La decisión de eliminarse no fue fácil, sin embargo. Es verdad que la precipitaron algunas circunstancias objetivas y subjetivas aun. Entre las primeras, se encuentra la noticia que le fue trasmitida en el sentido de que los militares habían bombardeado Tomás Moro y el Cañaveral. El asunto era grave, pero había algo más. La posición de Salvador Allende, ante los militares en esos momentos, era de desconfianza e incertidumbre. ¿Cumplirían con su promesa de proporcionarle un avión para salir de Chile? Por otro lado, a medida que transcurrían las horas y aparecía el cuerpo del delito de sus intenciones sanguinarias contra las Fuerzas Ar-

madas, ¿mantendrían éstas, su palabra de dejarlo impune?

Otros aspectos de la fuga le preocupaban. ¿No se resentiría con ella su imagen ante el fanatismo de los prosélitos marxistas? Incluso, por evitar la muerte en manos de sus atacantes armados, ¿no podría esperarle el mismo destino al salir, a causa del fuego ininterrumpido de los francotiradores extremistas?

Venga el suicidio, pues, como única tabla de salvación para su inminente caída.

Empezó la escena con un llamado telefónico a su esposa, la que no estaba presente allí, aunque sí estaba la extraña Payita. Este llamado fue melancólico y tierno. Habían ocurrido tantas cosas entre ellos, pero él quería olvidarlo todo y decirle adiós. La mujer de Allende, que siempre estuvo dedicada a acompañarlo en lo constructivo y no en las orgías del Cañaveral o de otros sitios por el estilo, sintió que volvían a su espíritu las antiguas reminiscencias de un amor de juventud. La unión de dos seres, en el tiempo, tiene raíces más profundas que los amoríos pasajeros y las aventuras pueriles. Ella le pidió y le suplicó que conservara la vida. Podría repetirse con José Santos Chocano que esos dos seres reactualizaban los versos del poeta del Rimac: "Toda la vida bregando juntos y separados toda la vida". Salvador Allende dio a entender a su esposa que la decisión del suicidio era irrevocable. Sollozos y lágrimas, por un lado; palabras de irremediable despedida, por el otro. Eso fue todo.

EN EL UMBRAL DE LA HISTORIA

Le faltaba a Salvador un paso más para crecer en la historia, cosa que él buscó con ansiedad y casi con más vehemencia que la Presidencia de la República de Chile. A través de la Radio Magallanes, última de tinte marxista que continuaba en el aire y, antes de ser ésta acallada, pronunció las palabras que van a continuación y que fueron recogidas de una grabación textual que tengo en mi poder. Helas aquí:

"Seguramente, ésta será la última oportunidad en que me pueda dirigir a ustedes. La Fuerza Aérea ha bombardeado las torres de Radio Magallanes; mis palabras no tienen amargura, sino decepción. Ante estos hechos, sólo me cabe decir a los trabajadores: "Yo no voy a renunciar".

"Colocado en un tránsito histórico, pagaré con mi vida la lealtad del pueblo, y les digo que tengo la certeza que la semilla que entregáramos a la conciencia digna, de miles y miles de chilenos, no podrá ser segada definitivamente. Tienen la fuerza, podrán avasallar; pero no se detienen los procesos sociales, ni con el crimen, ni con la fuerza. La historia es muestra, y la hacen los pueblos. Trabajadores de mi patria, quiero agradecerles la lealtad que siempre tuvieron, la confianza que depositaron en un hombre, que sólo fue intérprete de grandes anhelos de justicia, que empeñó su palabra, de que respetaría la constitución y la ley, y así lo hizo, en este momento definitivo, el último en que pueda dirigirme a ustedes. Quiero que aprovechen la lección. El Capital foráneo, el imperialismo unido a la reacción, creó el clima, para que las Fuerzas Armadas rompieran su tradición, las que les enseñara Schneider y reafirmara el Comandante Araya, víctimas del mismo sector social, que hoy estará en sus casas, esperando, con mano ajena, reconquistar el poder, para seguir defendiendo sus granjerías y sus privilegios. Me dirijo sobre todo a la modesta mujer de nuestra tierra, a la campesina que creyó en nosotros, *a la obrera que trabajó más, a la madre* que supo de nuestra preocupación por los niños, me dirijo a los *profesionales de la patria, a los que siguieron trabajando contra la sedición,* auspiciada por los colegios profesionales, colegios de clase para defender también, las ventajas de una sociedad capitalista de unos pocos, me dirijo a la juventud, aquellos que cantaron y entregaron su alegría y su espíritu de lucha. Me dirijo *al hombre de Chile,*

al obrero, al campesino, al intelectual, a aquellos que serán perseguidos, porque en nuestro país el Fascismo ya estuvo muchas horas presente, en los atentados terroristas, volando los puentes, cortando las líneas férreas, destruyendo los oleoductos y los gaseoductos, frente al silencio de los que tenían la obligación de proceder, estaban comprometidos. La historia los juzgará; seguramente Radio Magallanes, será acallada, y el metal tranquilo de mi voz, no llegará a ustedes. No importa. Lo seguirán oyendo, siempre estará junto a ustedes, por lo menos mi recuerdo quedará en un hombre digno que fue leal a la revolución.

"El pueblo debe defenderse, pero no sacrificarse. El pueblo no debe dejarse arrastrar ni acribillar, pero tampoco puede humillarse.

"Trabajadores de mi patria, tengo fe en Chile y su destino, superarán otros hombres este momento gris y amargo, donde la traición pretende imponerse. Sigan ustedes sabiendo que mucho más temprano que tarde, de nuevo abrirán las grandes alamedas, por donde pase el hombre libre, para construir una sociedad mejor.

"¡Viva Chile! ¡Viva el Pueblo! ¡Vivan los trabajadores! Estas son mis últimas palabras y tengo la certeza de que mi sacrificio no será en vano, tengo la certeza de que por lo menos será una lección moral que castigará la felonía, la cobardía y la traición".

Desde luego, se advierte en esta alocución melancólica y con el estilo típico de sus otras intervenciones a través de casi tres años, una premeditada intención de quitarse la vida. Estas palabras son

un mentís a la propaganda orquestada por la máquina publicitaria soviética en todos los sitios en que ésta funciona, manejada por los gruesos hilos de Moscú a través del mundo. La afirmación de que fue asesinado por los militares está desmentida por la propia y supuesta víctima.

Los chilenos, que el día 11 de septiembre, escucharon este mensaje hacia la posteridad del ex Presidente Allende, podrán advertir que todo se conjuga para darle autenticidad: el ruido de los aviones que volaban sobre Santiago en dirección a la Moneda, la voz cantarina y el estilo exótico de su pronunciación, la repetición de asertos divorciados con la verdad como aquello de que había respetado la constitución y la ley, las inevitables alusiones al capital foráneo, al imperialismo y al General Schneider, las enumeraciones permanentes de la mujer, del campesino, de la madre, del niño y del obrero con que el orador frustrado rellenaba sus períodos, todo eso vale casi como una marca indeleble del sonambúlico personaje que durante veinte años persiguió la presidencia de Chile y, en este momento, se proponía traspasar solemnemente el umbral de la posteridad.

Uno se sentiría tocado por la admiración ante la oblación voluntaria en servicio del pueblo si en la personalidad de Allende se conjugaran todos los actos de una vida con el gesto de una muerte caprichosamente heroica aunque algo teatral.

Pero, colocando la vista en el panorama de la historia pasada o reciente, no se puede comparar el espectacular suicidio del ex primer mandatario de Chile, con cualquier otro. Sócrates llevó la cicuta

a sus labios después de haberle abierto al mundo un camino luminoso del pensamiento. Balmaceda, asilado en la legación argentina, disparó un tiro en sus sienes para evitar el escarnio a que sus enemigos lo arrastraban después de una vida sobria y austera. El Che Guevara murió en la selva tropical y, aunque equivocado y delirante, ofrendó su vida cuando en Cuba podía seguir gozando de las granjerías y privilegios del poder. Estas muertes, algo dejaron atrás y, en todo caso, fueron semilla de admiración y respeto para el porvenir.

El suicido de Salvador Allende, acosado por una acción militar inflexible y razonada, más parece el fruto de la soberbia y del capricho, que la consecuencia fecunda de una lucha sacrificada y dolorosa.

Mirando el problema desde su propio punto de vista y de los ideales del pueblo al que decía servir, ¿acaso era necesario para la causa del marxismo en Chile, retirarse abruptamente de la escena? Si bien el marxismo iba a ser aplastado para siempre en vista de la fracasada experiencia que sufrió el país, podría haber servido a sus partidarios un allendismo que, con su líder al frente, recuperara en remotas épocas el poder. Una noche Perón, tachado por los militares argentinos de demagogo y comunizante, buscó refugio en una cañonera paraguaya para esquivar el golpe de sus compañeros de armas y, si bien perdió el poder, en todo caso conservó la vida y, con ello, el símbolo viviente del justicialismo. El justicialismo desapareció en sus facetas más acusadas e izquierdizantes, pero la persona concreta de Perón logró mantener la llama

del fervor popular y, con esa llama en la mano, ha vuelto en gloria y majestad a la Casa Rosada.

Yo pienso que los dirigentes de la Unidad Popular, en su fuero íntimo y sufriendo la persecución explicable a que los arrastró la verdadera traición al país de que nos hicieron víctimas entregándonos a Rusia y Cuba, seguramente lamentan el último error cometido por su caudillo al eliminarse. Con él en la prisión o en el destierro, habrían tenido una bandera que enarbolar, un personaje de carne y hueso a quien seguir; con él en la tumba, lo perdieron todo.

Ahora bien, si confrontamos la sublimidad de un acto de heroísmo con una vida principesca cuyos detalles conoceremos más adelante y han asombrado a Chile; si pretendemos encajar el martirio en el clima de la orgía y la disipación y queremos hacer una extraña simbiosis entre la sangre y el whisky, entre el idealismo y el negocio, entre la virtud y el vicio, nos encontraremos con que las lágrimas que pudieran derramarse ante un cadáver, se secarían de inmediato ante el escándalo.

Pero estamos traspasando el medio día y todavía el drama no termina.

ALLENDE SE SUICIDA A LAS 2.15 P. M.

Fracasadas las gestiones del Presidente Allende para seguir conversando con los militares y arrojadas ya las primeras bombas de la aviación en el histórico edificio de la Moneda, llamado así porque Toesca lo construyó para fabricar monedas y no para residencia presidencial, el ex Presidente Allende, pese a su intención de suicidio, continúa navegando en ese mar de incertidumbre en que lo vimos flotando sin cesar a lo largo de su breve y accidentada gestión gubernativa. Lo rodean sus más íntimos colaboradores. Está a su lado el rostro impasible de don Daniel Vergara, subsecretario, quien, si en estos momentos hubiera sido interpelado por los periodistas acerca del conflicto, habría respondido bajo el techo de las bombas: No pasa nada.

Está a su lado una mujer misteriosa y cuya actuación no se sabe si fue de tipo sentimental o financiero, a menos que los autos, las armas y el abundante dinero que se le encontró después, arrojaran explicaciones más claras y concordantes. También le acompaña un tal señor Flores, de esos a quien Allende designaba al azar como Ministro de Hacienda, de la misma manera que el emperador Calígula se propuso, según dice Suetenio, hacer sacerdote a su caballo.

Transcurren los minutos, las bombas estallan, se derrumban las paredes de calicanto del edificio centenario y las llamas iluminan el despacho presidencial aun antes de que se iluminara el pensamiento del mandatario atacado frente a lo trágico y lo inevitable.

Allende todavía quiere ganar tiempo, pero el tiempo apremia.

Las bombas siguen estallando, el palacio está a punto de ser consumido por las llamas. Los colaboradores más íntimos del Presidente se inquietan. Uno de ellos, el periodista Olivares, se suicida. ¿Qué hacer?

Allende tiene un gesto de caballero y pide que abandonen el palacio las mujeres. Ante todo, la Payita. Esta sale con un pañuelo blanco en la mano y detrás del pañuelo, confundidos con las mujeres, salen también los "hombres" de la Unidad Popular.

Allende afirma que está dispuesto a ceder y, en la larga fila de los que abandonan la Moneda, él se coloca en el último lugar y, de pronto, sin que sus colaboradores conozcan la decisión última

del Jefe, abre la puerta de un salón y se introduce en él.

¿Qué ha ocurrido?

Ya los ratones han abandonado el barco ante la tempestad.

Los ratones, después de haber roido el queso durante tres años, serán alojados, no propiamente en el Sheraton, donde el más conspicuo visitante era el turístico Ministro de Relaciones, sino en los amplios corredores del Estadio Nacional.

Ante la ausencia del Presidente en la deslucida comitiva, los militares comprenden que Allende se ha quedado adentro y el General Palacios, con un teniente y un hombre de tropa, se proponen entrar a la Moneda por la puerta de la calle Morandé.

Suben por la escalera al segundo piso de la casa presidencial y en la entrada a la galería, se presenta un individuo perteneciente al GAP con una metralleta en la mano.

El General Palacios comprendió que el GAP que le interceptaba el camino, estaba dispuesto a todo y efectivamente, era así. De pronto, el individuo dijo en alta voz:

—Viva el marxismo.

Al grito de su garganta, siguió el tableteo de la metralleta. El teniente que acompañaba al General fue herido en el cuello y el General recibió un leve disparo en la mano. Con prontitud y avanzando hacia arriba, las metralletas militares dejaron en el suelo al infeliz defensor y el General y su comitiva, siguieron adelante.

Abrieron la puerta de un salon y se encontraron con una escena macabra.

El ex Presidente Allende estaba recostado en un sillón con un fusil en la mano. El fusil era un regalo de Fidel Castro. Prácticamente, digamos que así como la imitación de Fidel lo arrastró al fracaso, la amistad de Fidel le regaló la muerte.

Allende había muerto ya y se veían en su garganta dos orificios sangrantes.

El tal fusil de repetición, al apretar el gatillo el suicida, sólo alcanzó a éste con dos tiros y siguió disparando en otro sentido hasta que se acabaron las municiones.

La muerte había sido súbita.

Las manos del primer mandatario se encontraban aún aferradas al trágico presente de su amable amigo de La Habana.

¡Pobre hombre, pobres manos!

EL CADAVER

Una vez conocida por las Fuerzas Armadas la infausta noticia del suicidio del Presidente Allende, se constituye una Junta Militar formada por los jefes del Ejército, la Aviación, la Armada y el Cuerpo de Carabineros. Presidente de la Junta fue designado el General de Ejército Augusto Pinochet, Comandante en Jefe de esa Institución y como miembros de ella, el Almirante José Toribio Merino, Comandante en jefe de la Armada; el Comandante en Jefe de la Fuerza Aérea, Gustavo Leigh y el General Director del Cuerpo de Carabineros César Mendoza.

Mientras se adoptaban las primeras medidas para enfrentar la nueva situación y evitar con el toque de queda cualquiera manifestación multitudinaria a favor o en contra del régimen caído, los

restos del ex Presidente eran colocados respetuosamente en una urna para ser entregados a los miembros de su familia.

Cerca de las siete de la mañana del día siguiente, o sea, el 12 de septiembre, el almirante señor Carvajal llama por teléfono a don Eduardo Grove, sobrino de Allende. Le comunica el suceso fatal y le anuncia que pronto el cadáver del Presidente será entregado a la familia.

La esposa del malogrado político recibe de su sobrino una nueva que, intuitivamente, esperaba. Queda sólo algo por averiguar: ¿a qué hora será entregado el cadáver?

Es ya el mediodía del 12 y don Eduardo Grove recibe en su casa particular la visita de algunos jefes de la Armada que, delicadamente, le advierten que los funerales de Allende no podrán efectuarse en Santiago, sino en Viña del Mar, de donde el Presidente era oriundo. Se les otorga a los miembros de la familia el salvo conducto correspondiente y se les comunica que el cadáver se encuentra ya depositado en un avión DC 3, que espera en Cerrillos.

Inmediatamente se dirigen al avión doña Hortensia Bussi, doña Laura, hermana del Presidente, los señores Patricio y Eduardo Grove y el Edecán Aéreo, Comandante Sánchez.

Dentro del aparato yace un ataúd de metal color plomo, y ese ataúd pudiera decirse que es el símbolo de una inmensa angustia que ha vivido Chile y cuyos impactos recibe la familia y el pueblo mismo, sin culpa alguna.

El avión surca rápido el cielo hasta la bahía de Quinteros y, como es explicable, se suceden dentro de él las escenas de una esposa en cuyo destino ha caído la saeta de una tragedia irreversible, tan irreversible como la vida, como las catástrofes telúricas, como la muerte.

¿Para qué detenerse en este cuadro doloroso en que una viuda llora, se abraza al féretro, pretende abrirlo y sus acompañantes procuran asistirla con un inútil aunque piadoso consuelo?

De improviso se avizora el mar de Quinteros, un mar tranquilo o tempestuoso que nada tiene que ver con la paz ni con las tempestades humanas. El avión desciende fluidamente y, en pocos minutos, veremos un cortejo que se dirige, en dos autos y un radio patrulla vigilante, hacia el cementerio de Viña del Mar.

El cadáver de Salvador Allende es entregado a la tierra y al descanso. La tierra lo recibe generosa y en el descanso, se acallarán las pasiones de una vida turbulenta.

Su domicilio final, después de tantos que tuvo en el desempeño de su cargo, es la tumba de Eduardo Grove, una sepultura con nichos subterráneos y casi desierta. Se le coloca en el primer nicho de la entrada lo que va a tener, cuatro días después, algunas incómodas consecuencias.

Somos un pueblo en que a veces se desatiende a los vivos, pero en que se cultiva, por hábito telúrico, la veneración por los muertos. Poco a poco y lentamente, comienzan a llegar curiosos a la tum-

ba presidencial y, con los curiosos, comienza a extenderse sobre la tumba la tremenda enredadera del rumor.

¿Pertenece efectivamente ese cadáver a Salvador Allende? ¿Es verdad que se suicidó y lo que se está representando frente al pueblo, no es otra cosa que una comedia grotesca?

La gente llega, comenta, murmura y, por momentos, amenaza.

Tan tenso se pone el ambiente que el administrador del cementerio pide una guardia naval para custodiar la tumba.

Eso no basta y llega un momento en que se necesita demostrar la identidad del cadáver y abrirlo ante personas responsables. La guardia naval solicita a los parientes que asistan a la apertura macabra del ataúd. Cerca de ellos, hay un mundo de curiosos que espera el resultado. Se abre la caja y, según testigos oculares, aparece el rostro hinchado y auténtico del Presidente suicida. Lo atestiguan los parientes y algunos más.

La gente, todavía incrédula, guarda por fin silencio y se retira convencida a medias.

Convencida a medias, pero dispuesta a no insistir.

El cadáver vuelve a su reposo, se cierra la caja una vez más y, para evitar nuevas y tenaces indagaciones, se coloca el ataúd en el último nicho de abajo.

Hay en la gente una especie de instinto necrofílico que atrae su curiosidad al mundo cadavérico

y que se domicilia, con insistencia, en las almas simples.

Dentro de este instinto, estaba también encerrada la repugnancia del pueblo por el suicidio. Se le mira sin comprenderlo y se raspa en su superficie para investigar el misterio de una vida que abandonó su residencia corporal por propia voluntad.

Estamos en el último tramo con que se cierra la historia del marxismo en Chile.

LAS MANSIONES Y LAS ORGIAS

A través de la larga etapa constitucional de Chile, todos los Presidentes de la República, sin excepción, mantuvieron un tipo de vida ajustado, si no a la austeridad cartuja, en todo caso, a una sobriedad que se conjugaba con el sentir igualitario y democrático del país.

En nuestra conformación racial, predomina el cruzamiento innumerable de los miles de españoles que llegaron a Chile en vista de la guerra de Arauco y de los indígenas, lentamente asimilados éstos, a los hábitos de la raza conquistadora. Con la creación de un mestizaje que es la base de nuestro pueblo, el chileno difícilmente asimila el concepto de la diferenciación social. Es verdad que hubo algunos capitalistas enriquecidos, los que ge-

neralmente vivieron en el lejano ostracismo del exterior, pero la mayor parte de los poseedores de la tierra, en que habitaban los hijos de su sangre, aunque no de la ley, gozaban de una vida sencilla y sin espectacularidad ostensible. No se conocieron en Chile, durante el siglo pasado, ni los grandes palacios versallescos ni las ostentosas mansiones. La casa solariega, en el campo o en la ciudad, constaba de tres patios a lo sumo. En el primero, se encontraban las habitaciones de los dueños; en el segundo, las dependencias funcionales del grupo familiar, y en el último unos sirvientes que a veces ayudaban al patrón con sus ahorros en los días duros y que generalmente mantenían aves de corral de su propiedad y sin ninguna relación con las aves del dueño de casa. Formalmente, se vivía sin discriminaciones odiosas, y esencialmente, todo eso constituía una comunidad que se prolongaba desde el salón de recibo hasta la cocina.

Los Presidentes de Chile habitaron la Moneda durante todo el siglo pasado y principios de este siglo. Como hemos dicho en otro párrafo de este libro, la Moneda no fue concebida como una residencia presidencial. En su fachada exterior, es lisa y sin ostentación. En su interior, ha ido poco a poco ensanchándose, pero conservando el estilo severo y dignamente confortable de los primeros tiempos. En cualquier país de Europa o de América, siempre el palacio presidencial es ornamental y dispendioso. No hablemos de Versalles, ni del Louvre, ni de las Tullerías y ni siquiera del recogido Escorial. Tampoco hablemos de la Casa Rosada ni del Zócalo de México. La Moneda, residencia tra-

dicional de los Presidentes de Chile, no tiene nada que ver con todo eso e, incluso, en los tiempos anteriores a la pompa de la Unidad Popular, cualquier transeúnte podía penetrar por su puerta delantera y, en seguida, salir por la otra de la Plaza Bulnes, sin que nadie le detuviera ni le interrogara.

Los otros Presidentes, posteriores al General Ibáñez, vale decir, Jorge Alessandri y Eduardo Frei, rechazaron, incluso, vivir en la Moneda y se quedaron en sus casas, asistiendo a la Oficina presidencial como un funcionario cualquiera del Estado: el uno, en su departamento de la calle Central; el otro, en su pequeño bungalow de Hindemburg. A veces, incluso, estos dos mandatarios, se trasladaban desde su vivienda al trabajo manejando su propio automóvil y sin ningún resguardo ni aparato policial.

Fue necesario que llegara el que se decía "compañero" de los pobres, el que afirmaba en sus discursos luchar por la mujer, por el niño y el obrero, para que la vida moderada y sencilla de los presidentes de Chile, cambiara de rango. Salvador Allende poseía una hermosa casa del Barrio Alto en Guardia Vieja pero, desde el primer momento, consideró que aquello le quedaba estrecho. La residencia presidencial de la Moneda también estaba lejos de su afiebrada grandeza. El necesitaba una mansión de gruesas murallas y de inmensos salones. Necesitaba jardines y piscinas para su solaz. Necesitaba grandes bodegas en las cuales guardar los alimentos que fueron faltándole al pueblo y que en su despensa abundaban. Necesitaba habitaciones especiales para una numerosa servidumbre

y para sus abigarrados guarda espaldas. Necesitaba comedores espléndidos y anchas mesas para que corriera en ellas el whisky escocés como en las cataratas del Niágara. Fuera de eso, en los días de descanso de tan pesada labor interceptada por viajes y discursos interminables, necesitaba un sitio apartado aún más que Tomás Moro de la ciudad y empezó a alhajar el ya citado refugio principesco al borde de la Cordillera, conocido con el nombre del Cañaveral. Allí también había productos alimenticios en abundancia, también había mesas ricamente dotadas de provisiones. Allí estaban las habitaciones de los GAPS y existían dormitorios para damas, las que, ciertamente asesoradas por la Payita, le hacían olvidar al gran sultán sus complejas aunque discretamente atendidas labores.

Si algún remordimiento trabajaba su conciencia y si algún buen consejero molestaba sus oídos con el rumor del desabastecimiento creciente, las corrientes claras y cantarinas que bajaban desde la nieve y chocaban contra las piedras, le devolvían la paz y el humor perdidos.

¿Algún problema todavía, sin embargo? ¿Algún majadero dispuesto a perturbarle con la solución de contingencias desagradables causadas por la política económica de Vuskovic o por la incansable emisión de billetes sin respaldo, de Inostroza? Todo estaba preparado para liberarlo a él de lo que su imaginación incesante le obligaba a descargarse, culpando de tanto contratiempo, al imperialismo, al capital extranjero y a la ITT.

Por último, si allí no lo dejaba tranquilo el aprensivo rumor, tenía un helicóptero listo para volar al palacio de Viña, donde las olas le traían un

poco del acariciante reflujo de las naves soviéticas encargadas de quitarle al mar, lo más apetitoso y excitante que hasta ayer halagaba el paladar de los chilenos. Y si el palacio no sirve, hay otra mansión más que se ha descubierto después de su caída; y si en ésa no encuentra aun la tranquilidad apacible y el descanso reparador, puede trasladarse al Cajón del Maipo donde su amigo Volpone le ha proporcionado, quizás si gratuitamente, la posibilidad de utilizar otro sitio atrayente, otro rincón de agrado que nosotros hemos conocido y que, indudablemente, hubiera servido para domiciliar al más exigente de los potentados. Un inmenso living con soberbio ventanal dominando la cordillera, un bar coquetón y bien abastecido con la chimenea de rigor, unos dormitorios adyacentes para los infaltables GAPS y jardines bellos y cuidados por manos esmeradas de jardineros en los cuales no penetraba, por supuesto, el difundido peligro del odio social: tal era la casa de Volpone cedida al Presidente Allende para su solaz y no se sabe si con el agregado de las linotipias y las máquinas impresoras de Clarín.

Cualquiera cosa podía decirse del "compañero" Allende en su lucha por los pobres, pero si bien él había buscado en tiempos del Frente Popular, aquello del pan, techo y abrigo y si bien se había visto frustrado en su intento, después de veinte años de bregar, encontraba para él, si no para el pueblo, mucho más pan y comida de lo que necesitaba un solo hombre, casi tanto techo como los reyes de Francia en sus innumerables castillos y un abrigo reparador e interno proporcionado por la dilecta destilación del alcohol a través de la preparación centenaria del whisky escocés.

En los tres años de la presidencia de Salvador Allende, fue muy poco lo que se realizó de constructivo, fue demoledora la acción de sus economistas, fue gigantesco el grado de la inflación, que según su decir, era un crimen contra el pueblo; todo resbaló hacia abajo y los únicos que aprovecharon de la justicia ofrecida, fueron los interventores a la sombra del mercado negro, fueron los directivos del cobre, que, en su fuga, quisieron infructuosamente llevarse una parte de lo que, hasta en los billetes se decía que era "el sueldo de Chile"; fueron los especuladores de divisas y los innumerables turistas a sueldo; fueron los que obtenían automóviles a precio oficial y, en seguida, amparados por la impunidad, vendían en dos mil lo que les había costado cien.

Con tanto desatino y tanto escándalo encubierto por la propia autoridad encargada de castigarlo; con el campo en manos de los agitadores y del Comandante Pepe y de los intendentes y gobernadores empeñados en soliviantar al campesino sin más resultado que arrastrarlo al hambre; con tantos llamados del Gobierno a los obreros de los cordones de Santiago, cordones que no eran sino focos de armamentismo ilegal y de agitación; con tanta persecución a los que deseaban trabajar y tanta proctección a los tenedores de armas clandestinas, es explicable que el Presidente Allende, recogiendo los frutos de su propia incapacidad, haya necesitado alivianar su pesada carga de culpa con los permanentes y repetidos discursos al pueblo trabajador y también con las orgías nocturnas en sus diversas mansiones, las que desempeñaban la función de la anestesia y el olvido.

Poco trabajo y muchas palabras, poco sueño y muchos lechos, es lo que caracterizó a este hombre que pretendió llevar el refinamiento de su sibaritismo incansable, a la sedición armada por un lado y, en caso contrario, al suicidio espectacular.

Es natural que, cuando se buscan tantas mansiones para pernoctar y en ninguna se encuentra el reposo, se presente como último recurso y como suprema meta, la negra mansión de la tumba.

Paradojalmente, se necesitaba que llegara un caudillo de los pobres para que toda la comida de los pobres, como pudo demostrarse después del movimiento militar, estuviera concentrada en las mansiones palaciegas y las esperanzas de los pobres naufragaran en las palabras vanas y en las promesas inconsistentes.

He aquí un camino que, entre otros, abre paso racionalmente al suicidio y que explica la actitud de Allende en su momento postrero, sin que por eso se eleve a la categoría de mártir popular o al más alto y glorioso peldaño de la historia.

Pero hay una causa más y la analizaremos en el próximo capítulo.

Esta causa es que Allende se vio sorprendido en su intento de conquistar el país para el marxismo por medio del engaño pueril y de la invasión de guerrilleros extranjeros en contra de Chile y de su Ejército.

Desde el momento que fue derrotado y sorprendido en esta intención, todo se le derrumbó de un golpe como un castillo de naipes. Cuando los castillos caen, también sucumbe el castellano.

Lo vamos a ver.

I

ARMAS Y DOLARES

Hemos dejado en la penumbra los aspectos pornográficos y vergonzosos que salieron a luz después de la inspección de las Fuerzas Armadas a las residencias presidenciales. No queremos insistir en la personalidad tortuosa de una secretaria privada que manejaba intereses de tal cuantía y aún depositaba seis millones de dólares en el exterior, según el testimonio irrecusable de círculos bancarios de Otawa y revelados por el "Sunday Express" de esa ciudad. Tampoco abundaremos en las declaraciones de un miembro del GAP detenido por la policía y en que espontáneamente relata las visitas del Presidente al Cañaveral. "En ese entonces (1971), afirma el GAP, Allende iba todas las semanas a ese sitio y debíamos acompañarlo. Al comienzo, me ex-

trañó que una secretaria tuviese una casa semejante. Un día en que debí entrar a la casa para darle un recado del Presidente. que ya se encontraba en el auto, la alcancé a ver abriendo la caja de fondos. Alcancé a ver que la mitad de la caja, de sesenta centímetros por cuarenta, contenía dólares en billetes".

¿De dónde salían tantos dólares? ¿Acaso una secretaria puede percibir tan gigantescas remuneraciones? Dejemos en el desván de la vergüenza y, junto a ello, las abismadas declaraciones del notario Zaldívar, que fue llamado a certificar los hechos y que estampó en el inventario las siguientes palabras: "... se halló abundante material pornográfico que no es del caso consignar". A esto, Zaldívar, con pudibunda tristeza, agrega: "... que por el respeto que todos los chilenos siempre sentían por la persona del Presidente de la República, le resultaba doloroso consignar mayores detalles".

Orgías, elementos pornográficos, fiestas y borracheras palaciegas, eran la otra cara de una medalla en que el régimen de la Unidad Popular, presentaba cordones de obreros en resistencia, defensa de la justicia social y toda clase de expresiones que, en el fondo, no tenían otro significado que un engaño y una miserable comedia.

Lo anterior fue elocuentemente graficado por el General de aviación, don Gustavo Leigh, quien expresó con iracundo y no disimulado desprecio: "El pueblo ha sido manoseado y engañado. Sólo basta ver cómo vivían los líderes de la Unidad Popular y estas vacas sagradas que decían conducir al pueblo a su liberación. Sólo se ha encontrado

whisky, lujos, pieles, mujeres, exquisiteces, que son realmente increíbles. Pensaban que el presentarse sin corbata podía quedar a la altura de un trabajador o de un empleado. Eran hipócritas. Hasta degeneración de tipo sexual encontramos y que es triste que salgan al exterior". Se advierte en estas palabras la sorpresa de un soldado, el que tenía como norma obedecer al poder constituido y se encuentra con que ese poder no era otra cosa que un montón de miseria moral y de basura pestilente.

Pero, recapitulando frente a esto y dejando atrás el nauseabundo espectáculo de unos líderes del marxismo en cuyas mentes no había sino el propósito de profitar de las peores lacras del capitalismo burgués y entregarle, en cambio al pueblo, no privilegios ni conquistas, sino palabras rimbombantes y billete desvalorizado, veamos lo que germinaba en el pensamiento de Salvador Allende y sus secuaces y las verdaderas proporciones de la traición a la patria, que esto entrañaba.

Confesemos que, si bien la exterioridad nos habla de placeres, combinados con acaparamiento y robo vulgar, el plan del marxismo allendista se ha demostrado claro y nítido a través de todo lo que ha podido denunciar la realidad. Lo que él deseaba era organizar lentamente un ejército armado de extranjeros y chilenos traidores en contra del Ejército de la patria. Se habla de quince mil guerrilleros traídos de todas partes del mundo y financiados espléndidamente por el erario nacional para el momento correspondiente. Coreanos del norte, soviéticos revestidos de dignidad diplomática (la embajada soviética contaba con 150 funcionarios),

cubanos enviados ex-profeso por Fidel para cumplir sus instrucciones, tupamaros uruguayos desplazados del país oriental y refugiados en Chile, bolivianos expulsados por Banzer y brasileros indeseables, argentinos pertenecientes al terrorismo clásico, todos ellos no residían en Chile por afán turístico; eran, como ya dije una vez, un verdadero ejército sin uniforme que estaba invadiendo la patria y que se había colado en ella gracias al fanatismo servil de un Mandatario que engañaba a sus adversarios afirmando su condición democrática y que engañaba a Chile bajo la peligrosa calidad de Generalísimo de las fuerzas de Aire, Mar y Tierra.

Con todo lo que se nos ha mostrado después de la salvadora acción militar del 11 de septiembre, lo que sorprendía a unos y distorsionaba el pensamiento de otros, se ha presentado tangible y claro en sus más acusados perfiles.

¿Por qué el Presidente Allende intentaba toda clase de recursos que sabía inútiles y que, naturalmente, se desmoronaban al conjuro de su propia voluntad? ¿Por qué aceptaba diálogos con la Democracia Cristiana, teniendo de antemano el propósito de no ceder y sólo conversar para darle gusto a la lengua y para beber más whisky en la charla inconsistente? ¿Por qué buscaba la manera de distraer al país con crisis ministeriales en que no se hacía otra cosa que cambiar en el tablero las mismas piezas y no cambiar de ningún modo el estilo de la acción? ¿Por qué lo vemos insistir en sus llamados a los militares al Gabinete, dejándolos sólo con el símbolo del cargo y sin variar a ninguno de sus más peligrosos colaboradores?

Ah, lo que ocurría es que el Presidente quería ganar tiempo y quería ganarlo para dos objetivos fundamentales, los cuales, mientras no se cumplieran, le permitían a él gozar de la vida y aliviarse del penoso trajín de esperar el momento definitivo de su golpe soviético y marxista. Sabía que lo gobernaban desde Moscú y La Habana y, mientras no realizara esas instrucciones, lo único concreto y dicho en lenguaje criollo, era "seguir emborrachando la perdiz".

He aquí los objetivos que regulaban su acción: primero, esperar que los mandos ilegales tuvieran la oportunidad de dar el golpe definitivo contra las Fuerzas Armadas; y segundo, reunir todo el dinero suficiente en su poder, para el caso de que fracasara en sus planes.

Lo que más dejaron en claro los allanamientos ordenados por la Junta Militar, fue la inmensa cantidad de armamento de origen cubano y soviético que tenía en su poder el Gobierno para entregarlo a los guerrilleros; y la inmensa cantidad de dinero, tanto en dólares como en escudos, que tenían en su poder el Presidente y sus paniaguados, para escapar en el momento desafortunado de una derrota.

En el exterior se ha hecho mucho caudal de las medidas coercitivas del Gobierno militar en contra del Presidente de la República, en contra del palacio mismo de la Moneda y aun en contra de cuatro o cinco mil refugiados con aparente responsabilidad en la traición y que, en el primer momento, se concentraron en el Estadio Nacional de Santiago.

Pero yo dudo de que esta información haya sido completada con los hallazgos permanentes de armas,

de metralletas y municiones que han salido a luz después de fructíferas investigaciones y de sus alarmantes resultados. Tomás Moro no era sólo una residencia apacible para habitar; era un verdadero cuartel de ejercicios militares de guerrilleros adeptos a la Unidad Popular y cuyas armas permanecían guardadas bajo la protección del Presidente. Se encontraron armamentos en las bodegas, en los subterráneos, debajo de los jardines y aún en los baños y salas de toilette, cuya existencia parecía desempeñar funciones higiénicas y, en el hecho, no tenía otro objetivo que ocultar armas. En el Cañaveral, sitio idílico y aparentemente sólo entregado al placer, había un campo de guerrillas en el cual, el propio Presidente, con un sombrero de pita, practicaba ejercicios militares dirigido por el peligroso Coco Paredes, quien tuvo una vez a su cargo la Dirección de Investigaciones y no se sabía si sus subordinados eran los miembros de la policía civil o los delincuentes.

Es imposible negar con palabras o explicaciones inconsistentes, el verdadero complot contra la patria que se estaba organizando bajo la protección oficial. Un día, el famoso Coco Paredes llegó al país en un avión cubano y, abusando del favor oficial que le cubría, logró esquivar del registro de la Aduana del puerto aéreo chileno de Pudahuel, una gran cantidad de bultos que venían dirigidos al Presidente de la República. Tanto el Congreso como la Contraloría General de la República pretendieron intervenir en el fraude que se cometía contra el erario nacional, internando sin revisión y sin derechos aduaneros, toneladas de mercadería. Un señor del Canto que

actuaba en el Ministerio del Interior, no por conocer las leyes inherentes a su función, sino simplemente por su calidad de obrero, procuró cubrir con la majestad de su cargo el asqueroso contrabando. Las cosas se pusieron tan difíciles y las explicaciones resultaron tan inverosímiles, que, para salvar a sus cómplices y a sus encubridores, el señor Allende declaró que los bultos de Cuba eran regalos de Fidel Castro y sólo constituían obras de arte con que el fino dictador del Caribe, tan poco cuidadoso de la vida de sus compatriotas, pretendía halagar la refinada sensibilidad de su amigo Salvador.

Cuando se allanó la "fortaleza" de Tomás Moro, se pudo constatar la extraña apariencia de estas obras de arte. No eran precisamente cuadros de Picasso o de Murillo. Eran metralletas, eran cajones de municiones, eran armamentos para el encuentro final con que el caudillo de los guajiros pretendía colaborar en la instauración en Chile de la dictadura del proletariado.

En todas las fábricas intervenidas existían armamentos para la guerrilla. En la Corporación de Fomento dirigida por el inefable señor Vuskovic, no se fomentaba tanto el desarrollo de las industrias como la custodia de armas especializadas. Los locales socialistas tenían armas. La Universidad de Concepción, foco del extremismo mirista, era más un arsenal que una institución de enseñanza. Se encontraron armas en los asentamientos campesinos dirigidos por la CORA, en los Ministerios, en los hospitales, en la Universidad Técnica del Estado, cuyo Rector era el marxista señor Kirberg, en ciertos planteles educacionales y en todo sitio a don-

de la influencia del Estado lograba encubrir el testimonio de la rebelión armada en preparación.

Junto a las armas, se encontraron dólares y moneda nacional en abundancia impresionante. En la caja de fondos de Tomás Moro, se encontraron ocho mil seiscientos sesenta y dos dólares en billetes frescos y más de cinco millones de escudos en moneda nacional. En el Cañaveral, había cuarenta mil dólares guardados, fuera de los que depositaba en el exterior, la Payita. En la casa del albino diputado comunista por Valparaíso, un señor Guastavino, con más gusto a la codicia que al vino, se sorprendió, en la maleta de viaje del luchador social, una cantidad impresionante y sorpresiva de dólares para costear la fuga. Se trataba de 145 mil dólares, ganados no se sabe cómo y sacados de no se sabe dónde.

El infaltable Vuskovic, vice Presidente de la CORFO y con dignidad de Ministro, no tuvo ningún inconveniente en darse el trabajo de vaciar las cajas de su Institución para fugarse. Simultáneamente con él, pero metiéndose en el desierto en que esperaba encontrar la impunidad, un Gerente de Chuquicamata, encargado de administrar el sueldo de Chile, fue sorprendido en la frontera con 25.000 dólares robados al mineral, ese mismo plantel que, en la propaganda de la Unidad Popular, se ostentaba la mentirosa consigna de que el cobre no sería ya de los yanquis, sino de Chile. Claro que tal señor estaba tan enredado en sus funciones, que confundió a Chile con su propia persona y quería llevarse una parte de la industria cuprera en su equipaje.

Armas y dólares continúan apareciendo incesantemente a medida que continúa la búsqueda y a

medida que los elaboradores del marxismo en Chile, se esconden en las Embajadas o se disfrazan para escapar de la justicia. No es difícil para ellos disfrazarse, porque, con lo robado en su régimen, es fácil transformarse, de roto, en caballero.

Uno piensa que esta gente, no sólo arruinó al país en su patrimonio físico. Lo arruinó también en su patrimonio moral. Para ellos, todo era justificable a cambio de transformar a Chile en una colonia de Rusia, por intermedio de Cuba. Ellos consideraban plausible arruinar la economía, producir el hambre entre sus compatriotas, dejar la moneda de Chile convertida en un insignificante papel y las fábricas transformadas en academias de concientización o en arsenales de guerra. De esa manera, resultaba fácil domeñar y reducir a un país tradicionalmente altivo como Chile. De esa manera, con el mismo sistema con que antes se viraban los pantalones y las chaquetas, ahora se podía virar la historia y la idiosincrasia de los chilenos.

Así como se equivocaban los guerrilleros de afuera creyendo que era fácil destruir con sus armas a un ejército organizado y fuerte, así también se equivocaban los guerrilleros de adentro creyendo que era fácil cambiar a un país con el solo efecto de la dialéctica marxista.

Todo se empleó en el intento criminal de los enemigos de Chile. Creían que con armas y con dólares, el camino estaba despejado. No sabían que, después de su derrota, las armas de nuestro Ejército valen más que las suyas y el esfuerzo constructivo de los chilenos, vale más que los dólares.

CHILE, RUSIA Y CUBA

Ya hemos dicho que el chileno es desconfiado, escéptico y realista. También hemos dicho que sabe de catástrofes y, lentamente, en la inmensa mayoría del país, cada chileno se dio cuenta de que, si bien no estaba abocado a una catástrofe sísmica, se encontraba evidentemente enfrentado a una catástrofe ideológica.

Para los países eslavos como Rusia, que jamás conocieron la libertad y que fueron traspasados de la tiranía de los zares a la dictadura soviética del proletariado, el sistema autoritario y sin ningún respeto por los derechos individuales, constituía casi un proceso normal. Los mujics sometidos al poder soberano de sus señores como en el tiempo de un feudalismo que todavía subsiste, se encuadraban fácil-

mente en un orden en que el caballero de antaño, era reemplazado por el comisario del soviet. Los ciudadanos, cuya vida dependía del capricho de los zares o de los nobles de la corte de Petrogrado, continuaban uncidos al mismo yugo de inseguridad a que los ataba el régimen despótico de la monarquía absoluta. El pueblo ruso recibió apenas un anuncio de los Derechos del Hombre cuando Napoleón llegó con sus tropas imperiales e invadió el país, para ser enseguida derrotado por la nieve. Durante la guerra del 14, el nuevo desastre de Rusia fue inflingido por el Ejército alemán y, en este Ejército, no había sino la marca del absolutismo prusiano. Puede decirse que la revolución soviética fue casi un paso hacia adelante en la liberación, después de la invasión alemana.

Si bien es cierto, la Duma, a despecho del Zarismo, había comenzado con retraso de siglos en el extenso del país, lo que hicieron los ingleses en la Revolución del Parlamento contra la monarquía, presidida aquélla por Cromwell, los conocidos Kerensky no lograron ni extirpar la semilla del absolutismo monárquico ni detener el avance del maximalismo soviético.

En cuanto a Cuba, otro padrón que se había trazado la Unidad Popular en su mentirosa consigna de la vía chilena al socialismo, ¿podríamos comparar a Chile con la isla del Caribe, que es la segunda a la que llegó Colón y que, fuera de los indios que la habitaban, era como el centro distribuidor de esclavos negros, cuyo oscuro pigmento constituyó con el tiempo, una característica racial? Chile, en los tiempos coloniales, fue creando una

raza homogénea a base de cruzamientos blancos de indios y españoles. Mientras Cuba es un mundo oscuro, Chile presenta los caracteres de una población blanca y casi europea.

Por otro lado, hablando ya de la soberanía de ambos países, ¿podemos comparar a una nación que ya tiene cerca de dos siglos de independencia, con otra que ha sido disputada por potencias extranjeras y jugada en un naipe de continuas guerras y asaltos? Chile se independizó de España y, en cuanto a su autonomía nacional, jamás la perdió desde entonces bajo ningún yugo exterior. Cuba fue dominada por España hasta mediados del siglo pasado y sólo logró vivir bajo los caudillos nativos y considerar ya eso como un triunfo de su independencia en las postrimerías del siglo XIX. Sólo entonces apareció Martí como un Bolívar del Caribe, cuando ya Bolívar y Sucre, San Martín y O'Higgins habían entrado a la posteridad y desaparecido de la escena. Después de Martí, se sucedieron los gobernantes y caudillos en sucesión trágica, no sin que en largos períodos, el gobierno de Cuba fuera disputado todavía por España y defendido ahora por los Estados Unidos. La ocupación norteamericana duró hasta principios de este siglo y la nueva independencia de Cuba no significó el goce de libertades y derechos permanentes para los cubanos. En 1909, la anarquía del país obligó de nuevo a los Estados Unidos a intervenir a petición del propio Estrada Palma, honesto gobernante cubano incapaz de imponer el orden y de mantenerlo. Siempre Estados Unidos miró a Cuba con poca codicia y casi como un estorbo en su desarrollo. Si entregó

de nuevo el país a los cubanos, fue más para librarse de él que para libertarlo. En 1940 se restableció la normalidad y 4 años después, fue elegido Grau San Martín. A éste lo sucedió Carlos Prio Socarrás y, después de nuevas convulsiones, llegó el sargento Batista al poder hasta que fue derribado cuando en enero de 1959, bajó Fidel Castro con sus guajiros de Sierra Maestra y, cubriéndose con la máscara de la democracia, volvió a aprisionar a su suelo patrio en la sedicente protección económica y política del mundo eslavo. De la misma manera que Cuba estuvo bajo la dominación inglesa y española en viejos tiempos; de la misma manera que, en seguida, vivió al amparo de la dominación norteamericana, en estos momentos, Cuba no es otra cosa que una prolongación en ultramar, de la Cortina de Acero.

¿Puede esto compararse con un país que, como dijimos, desde su independencia hasta ahora, no tuvo otra voluntad en su destino, que la de su propia gente? Cuando los chilenos constituían la república y dictaban la Constitución de 1833 que duró casi un siglo, Cuba sufría todavía la dominación de España. Cuando Chile ya tenía una larga etapa parlamentaria en que brillaron los Walker, los Mac Iver, los Arteaga Alemparte o los Isidoro Errázuriz, Cuba recién estaba amaneciendo al pensamiento de Martí. Cuando se dictó en Chile la primera ley de Educación Primaria, Cuba vivía bajo la protección de los Estados Unidos. Cuando Recabarren había ya protestado contra el capitalismo en la pampa salitrera, cuando se habían aprobado nuestras leyes sociales impulsadas por el viejo Ales-

sandri, cuando, incluso, había estallado en Chile, para morir de inanición, la famosa República socialista de veinte días; cuando el Frente Popular creía estar cumpliendo entre nosotros un nuevo Evangelio de repartición de su riqueza y de justicia para el proletariado; cuando, incluso, nuestro proceso político entregó, por las vías absolutamente constitucionales, el mando a un General, Cuba caía en las manos de Batista, y cuando Chile abría sus alas a una nueva época de desarrollo industrial, Cuba se sintió aplastada por un caudillo comunista que amordazaba al pueblo para darse el gusto de hablar él y sólo él interminablemente y bajo la batuta imperiosa de Moscú.

Para continuar el desarrollo de tan conflictivo tema, volvamos la vista a la parte oriental de Europa, cuyo comunismo le fue impuesto al establecerse la estrategia bélica contra Hitler en la Conferencia de Yalta. Gente progresista como los polacos y los checos, gente civilizada como los rumanos y los búlgaros, gente de avanzada cultura como la Alemania Oriental, fueron entregadas al ejército ruso como un presente por su colaboración en la guerra contra el nacismo. Rusia, con la ayuda de las armas norteamericanas y con la complacencia de sus desaprensivos aliados, arrasó con Hitler en el Oriente de Europa, pero arrasó también con las libertades de pueblos que creyeron ganar la guerra perdiéndola y que sólo cambiaron la planta teutónica por la bota rusa.

Un país orgulloso de su destino, que vive dentro de las formas del mundo civilizado; un país soberano y en el goce de todos los beneficios de

la famosa Declaración de los Derechos del Hombre; un país que ha logrado imponer la autoridad y la justicia en el lento aunque seguro proceso de lo legal; un país que ha ido formando una economía fundada en el trabajo creador y no en el odio destructivo, jamás podrá aceptar alguna clase de dictadura, sea ésta castrense, parda o roja.

Chile se vio trasladado a un clima que nada tenía que ver ni con su historia ni con su firme idiosincrasia. El marxismo hablaba de una tesis que provenía de 1848, en que el proletariado recibió, como tablas bíblicas, el Manifiesto de Engels y Marx. Cada chileno se preguntaba para sí: ¿acaso Marx conoció nuestro país y avizoró lo que ocurriría después de un siglo y medio de que fueron lanzadas las consignas de la revolución social? En Chile y en el mundo moderno, ¿existe acaso una situación parecida a la que predominaba en los días más álgidos y crueles del capitalismo? Quien afirme tal, podría ser encerrado en un manicomio, como hace Rusia con sus intelectuales, que viven el mismo proceso de Galileo ante la inquisición y que, como Galileo en la Edad Media, no ya para probar la rotación de la Tierra, sino del pensamiento humano, continúan gritando desde la encadenada estepa: E pur si muove.

La historia no es estática como para fundar sobre ella, dogmas inmutables. La historia es dinámica, es movible, va desarrollándose en medio de procesos cambiantes y lo que ayer estaba vigente y nos parecía encerrar un peligro atroz, de pronto desaparece como las nubes tormentosas y se abre ante nosotros un cielo promisorio y claro. ¿Qué

ha ocurrido en el mundo desde el naciente proceso de la revolución industrial del capitalismo hasta nuestros días? Lo que ha ocurrido es que la verdadera propiedad feudal de que gozaba a mediados del siglo pasado el empresario dueño de una máquina, le permitía aprovechar para él sólo, el trabajo de un obrero mecánico que valía por veinte o cincuenta obreros de carne y hueso. Todo estaba a su favor y a la sombra de esa injusticia que proporcionaba el progreso, podía el patrón fijar a su capricho el jornal de su trabajador, en cuya carne había florecido la servidumbre de la Edad Media. El pequeño consumo aún y la rapidez en la producción, hacía que aumentara la oferta de trabajo en relación con la demanda del producto. Los campos se despoblaban para buscar en la ciudad el vellocino de oro del quehacer fabril. Se podía pagar un salario ínfimo y exigir hasta 14 horas diarias de labor. Se podía hacer trabajar a las mujeres y a los niños. Ningún control protegía al proletario de tan inicua explotación y ninguna medida legislativa impedía que la mujer y el niño fueran usados como instrumentos de mayor ganancia para el favorecido capitalista.

Dentro de los países formados por el concepto de la civilización cristiana y sin que la lucha de clases interviniera todavía de acuerdo con el pensamiento de Marx, esta situación fue poco a poco modificándose, y su modificación, sorpresivamente, fue poco a poco creando, sin que nadie lo pensara, el elemento humano que reemplazaría al proletariado en la defensa de la justicia social y reempla-

zaría también al empresario en su poderosa y omnímoda influencia.

Desde luego, una corriente impetuosa de culturización popular impuso en las legislaciones modernas la ley de instrucción primaria obligatoria. Los hijos del proletario ya no podían concurrir a las fábricas a trabajar y estaban obligados a reemplazar el trabajo por el estudio. El hijo del carpintero, no quería ser carpintero; el hijo del albañil, no iba a ser albañil; el hijo del campesino, aspiraba a subir en la escala social por sus conocimientos adquiridos en la escuela y al empresario, con lo anterior, se le cerraba el área de la oferta y la demanda que le permitía ganar a destajo. Por otro lado, la lucha de los obreros unidos en sindicatos fue poco a poco imponiendo leyes sociales que limitaban la jornada de trabajo y que fijaban un salario mínimo, junto a otras conquistas adyacentes. El perfeccionamiento técnico de las máquinas necesitó obreros especializados que se levantaban por encima de la masa común y formaban una clase que no era, propiamente, proletaria y que alcanzaba al borde de otra clase recién configurada y que no era, propiamente, la clase alta.

Entretanto, el Estado fue creciendo paulatinamente y con él, no sé si afortunada o desgraciadamente, fue abultándose la burocracia. El burócrata venía de abajo y llegaba con el instinto de la reivindicación social. Exigía sueldos mínimos, exigía leyes previsionales, exigía seguridad en el trabajo y garantía de que los suyos, después de su muerte, iban a obtener montepíos del Estado. Si a lo anterior se agrega que la gran producción, proveniente de la

industria mecanizada, necesitaba instrumentos eficaces para ser distribuida y necesitaba también un transporte indispensable para llegar al sitio de su destinación, tendremos que el comercio y la movilización de las mercaderías adquirieron lentamente un volumen considerable.

Al proletariado, pues, en cuya fuerza se fundó Carlos Marx para emprender la lucha de clases, se agregaba una clase media formada por los obreros especializados, formada por los burócratas contralores, formada por el vasto sector del comercio y por la innumerable muchedumbre de los empleados de ferrocarril, de los cargadores de los barcos, de los aspirantes a labores profesionales, de todo ese mundo que salió de abajo y estaba empezando a escalar con energía los distintos peldaños de la jerarquía social.

En el fondo, estábamos asistiendo al fenómeno inesperado y no conocido por Engels y Marx, de la formación de una clase media, casi en el umbral de la alta clase, pero ya totalmente separada del proletariado común.

Chile es uno de los países de América Latina en que este proceso se ha vivido más intensamente y ha contribuido a ello el parlamentarismo, no siempre ejecutivo, pero siempre alerta ante las inquietudes del mundo moderno; ha contribuido la libertad de prensa, respetada en Chile hasta los lindes del libertinaje; ha contribuido el derecho de cada cual y reconocido por la Constitución del país, para emitir cualquiera idea y para discrepar, incluso, con los poderes públicos. La libertad, de que abominó

Marx y que pretendió suprimir Lenin e hizo desaparecer Stalin en su loco intento de practicar doctrinas obsoletas, es lo que en Chile ha contribuido a acelerar el proceso de los cambios sociales y a crear una clase media que hoy ha demostrado más poder que las masas ingenuas engañadas y más fuerza, que los dogmáticos seguidores del marxismo.

CHILE APLASTO AL MARXISMO

Considerando lo anterior y mirando a Chile como un experimento nuevo en que se pretendía imponer la dictadura del proletariado por medio de una democracia aparente que fuera destruyéndose a sí misma, lleguemos a la conclusión de que el experimento ha fracasado y no sería completo este libro, si no le explicáramos al mundo los detalles auténticos de este fracaso.

En primer término, detengámosnos en un fenómeno extraño que seguramente los extranjeros ignoran, pero los chilenos han sufrido en su propia carne.

¿Acaso el paro de octubre declarado por el comercio y por distintos gremios profesionales, se detenía sólo en el límite de una determinada clase?

La clase media en Chile tiene conexiones tan profundas y relaciones tan íntimas con el pueblo, que en el paro de octubre se vieron comprometidos numerosos gremios obreros cansados del engaño y la demagogia, los campesinos a quienes se les negaban los títulos de propiedad y se les impedía trabajar. El Gobierno especulaba con los cordones de Santiago y los trabajadores de las empresas estatizadas. Esto carecía de consistencia, porque se ha probado después de la acción militar, que los componentes de los cordones, eran en su mayoría, obligados a actuar y los trabajadores de las empresas estatizadas, tenían que escoger entre la cesantía o la obediencia al patrón Estado.

¿Acaso el paro de los transportistas, que siguió al paro de octubre y que es su hermano gemelo, no tenía más raíz que unos dueños de camiones que insistían en determinadas medidas gubernativas que apoyaran su labor? Nada de eso. Los transportistas gozaban del favor de los obreros del cobre, sabían que contaban con las propias víctimas de su actitud y éstas les estimulaban en su resistencia. Transportistas, comerciantes, obreros no controlados por la vigilancia oficial, campesinos oprimidos por los funcionarios de CORA, todo eso fue uniéndose en un solo haz para atacar a un gobierno que se llamaba de los trabajadores y que no era otra cosa que un instrumento de Cuba para traicionar a la patria y para destruirla.

¿Hemos dicho destruirla? Quizás nos quedamos cortos. El Presupuesto fiscal tenía un déficit que

no expresaremos en cifras, pero cuyo volumen arrastraba a la ruina y a la quiebra del país. Se dice que los países no quiebran, pero eso es verdad hasta cierto punto. Los países quiebran cuando su moneda no sirve para nada, cuando hay que andar con sacos de billetes para adquirir un kilo de papas, cuando falta la leche en el hogar para los niños, cuando la carne es perseguida como si se tratara del pecado de la carne, cuando se sabía que un mercado negro funcionaba a base de interventores inescrupulosos que guardaban la producción de sus industrias para venderla a alto precio y complementar sus sueldos. El cobre, que peyorativamente se llamaba el sueldo de Chile, no alcanzaba a producir ni la mitad de lo proyectado. Las divisas de dólares desaparecían como por encanto y los dólares que escaseaban en el Banco Central, estaban domiciliados, sin saberse por qué, en los depósitos en Bancos extranjeros y en las cajas de fondos de la Payita. La Payita, secretaria del Presidente, se había convertido en un presupuesto imposible de calcular y en un comercio exterior imposible de perseguir. La Payita, fuera de eso, era una central automotriz verdaderamente excitante. Los automóviles que aparecían en su poder constituían una flota que nadie sabe a quién servía y nadie sabe tampoco a quién se traspasaba con objetivos comerciales. La Payita era el amor y el comercio, era el beso y el dólar, era la aventura romántica y la fuerza especulativa de Chile. Digamos mejor: era la tentativa de un golpe y la garantía de una fuga.

¿Podía Chile mantenerse tranquilo ante tanta audacia irracional y ante tan desproporcionada burla a un país que se creía serio, que gozaba de crédito internacional y que navegaba fluidamente hacia la ruta del progreso y del desarrollo? No olvidemos que Chile, hasta 1970, gozaba de una renta per cápita de 600 dólares al año. No olvidemos tampoco que la expectativa de producción de cobre para 1971, era de un millón de toneladas. No olvidemos que nuestra industria petroquímica empezaba a alzar el vuelo y las plantaciones de pino insigne colocaban a Chile en la primera fila de las reservas de celulosa. No digamos que habíamos llegado, con el gobierno democratacristiano, a la más alta cumbre del desarrollo; pero digamos que la senda estaba abierta y que, en el exterior, se conocían las diversas etapas de esa senda.

Todos los chilenos estaban poseídos de una verdadera angustia por el porvenir de la patria.

Los gremios conscientes y no manejados por la mano de un trabajador como el señor Figueroa, que jamás había trabajado sino en obstaculizar el trabajo; los gremios del cobre, cuya intuición les revelaba que el cobre no era el sueldo de Chile, sino de unos cuantos audaces que confundían el patrimonio del país con su bolsillo; los campesinos, impedidos de trabajar y necesitados de usar, no del arado para cultivar sus tierras, sino del fusil para defenderlas; los comerciantes, abismados ante la ruina desatada por la Dirinco contra ellos; los transportistas, imposibilitados de andar por los caminos por la dificultad de reponer los repuestos y neumáticos que desaparecían del mercado; los jue-

ces, enfurecidos porque la fuerza pública no cumplía sus órdenes y un delincuente resultaba más poderoso que un juez; los parlamentarios de oposición, preparados para combatir al Gobierno con armas legales, pero no con metralletas; los propios militares, incluso, a quienes la opinión imploraba su intervención, hasta el punto de que las mujeres de los oficiales rodearon una tarde la casa del señor Prats González para pedirle que renunciara a su cargo y no traicionara a sus compañeros de armas; los estudiantes, los hombres anónimos que, en las calles, expresaban su anhelo de que el Presidente Allende renunciara a su cargo y dejara al país las manos libres, para salvarse; todo eso estalló como pólvora en un momento y se encarnó en el alma de los únicos que podían salvar a Chile y no lo hacían, precisamente, por su extraordinaria virtud de no deliberar.

Hagamos justicia en este momento a un hombre que, en la historia, tomará dimensiones increíbles y que, indudablemente desplazará de ella a quien un amigo cuyo nombre he callado, pretendió meter en la historia. No es el General Prats González el que salvó al país o pretendió salvarlo. Todo Chile se hace lenguas contra él y hay una lengua femenina que lo condena.

Quien tuvo la iniciativa salvadora que permitió al Ejército intervenir en este drama, fue el ex senador democratacristiano Juan de Dios Carmona, que presentó en el Congreso el proyecto de Control de Armas; proyecto que, convertido en un texto eminentemente técnico, debido a los aportes sustanciales proporcionados por las tres ramas de la

Defensa Nacional, fue obstaculizado por el Ejecutivo, pero promulgado al fin. Se ponía en las manos del Ejército la incautación de todas las armas de los grupos ilegales y les daba a los militares una tuición definitiva sobre todo intento de subversión.

La ley de Control de Armas fue el arma, que en manos expertas, comenzó la tarea de salvar al país.

Con ella en la mano, los militares empezaron a descubrir toda clase de sitios y toda clase de organizaciones en plan de subversión. Los miristas reaccionaron contra la ley, los socialistas protestaron de su cumplimiento y los comunistas, comprendiendo que era preferible el golpe a la posición democrática que propiciaban, amenazaron a Chile, a través del Jefe comunista señor Corvalán, con incendiarlo por los cuatro costados.

La chispa que inició el incendio contra la Unidad Popular fue, sin duda, el proceso iniciado en Valparaíso por sedición de políticos en la Armada. Resultaban comprometidos en ello, el jefe del socialismo señor Altamirano y un barbón del Mapu que usaba como alias el apellido Garretón.

En un discurso, cuya copia adjuntaremos como apéndice de esta obra, don Carlos Altamirano, en un acto de indiscreta prepotencia, declaró que, efectivamente, se había reunido con la tripulación de algunos suboficiales de la Armada y les había incitado a la indisciplina.

Hemos asistido a la entrevista del Almirante Merino con el Presidente de la República.

Tenemos la intuición de lo que esta declaración

irresponsable del correligionario del Partido del Presidente, había producido en las Fuerzas Armadas.

Los militares jamás quisieron intervenir en la política chilena; pero en este momento, los hechos se presentaban en forma diferente. Los políticos intervenían en las Fuerzas Armadas y pretendían llamar a la tropa a la subversión.

¿Qué habrían opinado los políticos si las Fuerzas Armadas, mezcladas con los asambleístas de los partidos, hubieran pretendido dividir a éstos y crear la indisciplina contra sus dirigentes?

La actuación de los militares el 11 de septiembre resulta absolutamente comprensible y justificada.

No se podía tolerar más.

El país no quería la tolerancia, sino la acción.

A veces el sufragio impone su voluntad. En este momento, lo que imponía su voluntad era una mayoría de chilenos que colocaban sus ojos en las Fuerzas Armadas como única manera de salvarse.

Se trataba de salvarse de la ruina, del hambre, de la pérdida de nuestra soberanía, de la traición de unos cuantos desalmados que pretendían enfrentar a un ejército guerrillero foráneo contra el Ejército y la patria.

Chile no soportaba más.

Esto lo entendieron los militares, guardianes fieles y tradicionales de nuestra seguridad de afuera y de adentro.

Con sus espadas, con sus aviones, con sus barcos y con todas las armas que el país había confiado en sus manos, permitieron que Chile aplastara al marxismo.

LA ESTRATEGIA DEL RUMOR Y DE LA MENTIRA

Pocas veces en Chile, a través de la inmensa mayoría del país, formada ésta por todos los grupos económicos y sociales, sin distinción de nivel ni de jerarquía, se había producido un estallido tan colosal de alivio, de descanso y de regocijo, como el de los chilenos, en la mañana siguiente al 11 de septiembre.

Cuando el Ejército de la patria logra aplastar al enemigo incrustado en las instituciones, en las calles, en los refugios oficiales y hasta en la intimidad presidencial, se tiene la sensación de haber ganado una guerra, de haber consolidado la soberanía nacional y de haber asegurado para todos la tranquilidad y el goce de los derechos inalienables.

Las prudentes medidas de la Junta Militar en el sentido de evitar concentraciones masivas favo-

rables o contrarias al régimen, impidieron a la ciudadanía expresarse con el expontáneo grito de entusiasmo que ahogaba su garganta. Bajo el rigor de los toques de queda, la gente se quedaba en sus casas y, pese al desabastecimiento que reinaba en el país, hubo fiestas y celebraciones a base de sobrio yantar y de capitoso vino pipeño. Allende había definido su gobierno como un socialismo con gusto a empanada y vino tinto. Poco a poco, desapareció la blanca harina de las empanadas y en cuanto al vino, se estaba corriendo el riesgo de que se estatizaran los viñedos, con lo cual, la bebida tradicional del país, iba a quedar en peligro de desaparecer para siempre o de emigrar a La Habana o a Moscú. Pese a la imposibilidad de celebrar el feliz acontecimiento en la calle, todo Chile lo celebró en la recogida tertulia del hogar.

Pero, inmediatamente después de producida la caída del régimen marxista, los comunistas y extremistas termocéfalos, tanto adentro como afuera del territorio, empezaron a delinear una estrategia cobarde aunque audaz.

Quizás si en las transmisiones radiales y en la censura de la prensa impuesta transitoriamente por la necesidad de evitar los comentarios malsanos y demoledores, hubo un pequeño error de desinformación excesivamente riguroso. Cuando se evita el conocimiento de la verdad, ocupa su lugar la mentira y he aquí que Chile, de norte a sur y como sometido a un tratamiento preconcebido, se vio inundado de rumores, rumores alarmantes que en nada se fundaban y que sólo tenían el objeto de envenenar el ambiente y conmover a los espíritus

pusilánimes. En la tarde del 12 de septiembre, los militares habían asesinado a Frei, el presidente del Partido Demócrata Cristiano, Patricio Aylwin, estaba en la posta herido de muerte, las tropas disparaban contra la ciudadanía sin piedad y ya se podían contar en la calle, por lo menos, unos quinientos mil cadáveres.

La verdad es que tanto Eduardo Frei como Patricio Aylwin, estaban tranquilos en sus casas en perfecto estado de salud. La verdad es que los disparos sólo se producían en los sitios conflictivos y peligrosos en que todavía resistían y luchaban los porfiados francotiradores del mirismo. La verdad, por último, es que si algo llenaba las calles y despedía olores nauseabundos, era la basura acumulada por la desidia de la municipalidad del régimen anterior y de ninguna manera los cadáveres, poquísimos en número, pero todos entregados prestamente y con el mayor respeto, a las familias de las víctimas.

Hubo gente ingenua, gente inefable que se tragó toda entera la malintencionada afirmación de los quinientos mil cadáveres. Uno piensa: tal cifra de muertos ocuparía diez estadios nacionales, llenaría el Parque Cousiño y alfombraría nuestra Alameda de las Delicias desde la Plaza Baquedano hasta la Estación Central. Para matar tanta gente, aun considerando que esa gente se hubiera comprometido a ser asesinada sin huir ni protestar, hubieran faltado municiones disponibles a la tropa y se hubiera necesitado un largo tiempo en la fatigosa tarea. Un día, dos días, una semana, un mes, es poco para cometer tantos asesinatos. Pero hay más: ¿aca-

so es fácil sepultar en pocas horas a tantos difuntos? ¿Acaso en cada hogar de una ciudad como Santiago, de tres millones de habitantes, no habría existido una baja, obligando a los santiaguinos a ocupar el tiempo en lamentarla y en rezar por ella, en lugar de dedicarse al divertido bla, bla?

La imaginación de los comunistas y miembros de la Unidad Popular, en este asunto, funcionaba a todo vapor y funcionaba, naturalmente, con mayor destreza y eficacia de lo que ministros y funcionarios marxistas, lo habían hecho en el Gobierno. Un día, resulta que los mandos extremistas se habían apoderado de las represas proveedoras de agua potable en el Cajón del Maipo y habían arrojado en ellas, componentes químicos para envenenarlas. Los ingenuos y crédulos que nunca faltan y nunca reflexionan, se abstuvieron de beber y, con ello, maldecían a quienes habían provocado tanto horror como consecuencia de pretender aplastar y tocar con el pétalo de una rosa a los desarmados ángeles del marxismo. Hubo otros que dejaron de bañarse por largos días y sus cuerpos expelían, no precisamente olor a santidad, sino a estupidez y a sudor. ¿Podían creer que el Ejército, en su acción del 11 de septiembre, no iba a controlar en forma rígida todos los sitios vitales de la vida de la ciudad? ¿Podían, incluso, imaginarse que un veneno cualquiera iba a contaminar en poco tiempo a millones y millones de litros que estaban calculados para proveer a millones y millones de necesidades de líquido, el más fundamental y necesario para la vida humana?

Tanto la credulidad de unos como la infamia de otros, no se daban descanso en su arremetida, deliberada en los marxistas e ingenua en los inefables, para enfrentarse con el arma del rumor a los que actuaban a cara descubierta y sin tapujos contra los traidores a la patria.

Incluso, el rumor astuto y sibilino pretendió utilizar el error de una transmisión televisiva para incorporar, arteramente, al respetado y conspicuo Cardenal de Chile, don Raúl Silva Henríquez, en sus siniestros planes. Cuando se celebró un acto religioso en la Gratitud Nacional, en que simbólicamente la Iglesia expresaba su gratitud a Dios por haber salvado a Chile del cáncer marxista, el prelado inició sus palabras dirigiéndose a los miembros de la Junta Militar, a los ex Presidentes de la República allí presentes y otros altos funcionarios del Estado. Un error involuntario y técnico de la audición borró la primera enumeración del Cardenal referente a los miembros de la Junta y esto bastó para que el rumor repitiera que la Iglesia condenaba el golpe al poder constituido, lo que no era, precisamente, sino un golpe a la desviación constitucional del Gobierno. La verdad es que el Cardenal, ante quienes lo escucharon en la iglesia salesiana, comenzó su alocución dirigiéndose respetuosamente, y en primer lugar, a los miembros de la Junta.

LA VIDA COMIENZA MAÑANA

Pero el rumor no necesita de pasaportes para viajar y he aquí que la propaganda que, con dinero ruso, tiene orquestada el comunismo en el mundo, se trasladó a todos los sitios de la tierra, movió las prensas con periodistas mercenarios, introdujo su lengua en las organizaciones estudiantiles y obreras, se elevó incluso hasta el oído de políticos imberbes y ambiciosos como un senador Kennedy, que encontró en el asunto de Chile la ocasión de destacarse y de halagar voluntades soviéticas para futuros comicios electorales. En Francia, donde siempre el comunismo contó con adeptos, pero adeptos más aficionados al Quartier Latin que a los adustos muros del Kremlin, donde se guardan los despojos de los líderes del marxismo y las experiencias del

gran fracaso, la consigna de Moscú se cumplió sin excepción, eso sí que en una sociedad anónima en que Rusia aportaba las mentiras y la Francia marxista, el teatro y la arenga.

Lo que en Chile no se podía repetir porque se derrumbaba ante el peso de la verdad, penetraba fácilmente en la credulidad foránea y he aquí que, por primera vez Europa entera, tanto la Europa democrática como la totalitaria, tanto la Europa libre como la oprimida, se sintió solidaria bajo el techo de una versión mentirosa y pueril. El Presidente Allende aparecía como un mártir del régimen legal y constitucionalista al que habían hecho víctima de su ataque los militares sublevados. La otra parte de la verdad, el desprecio de la Unidad Popular por nuestras instituciones más sólidas, la declaración del Parlamento contra un Ejecutivo que atropella la ley, la angustiada protesta del poder judicial contra funcionarios que burlaban la justicia, eso estaba borrado del libreto ruso y del folletín cubano. En cuanto a la muerte del Presidente suicida, nadie hablaba del suicidio, sino del asesinato vil.

En la letra del texto inventado por el marxismo, Chile aparecía como un país oprimido por la Dictadura militar; los chilenos, aparecíamos como víctimas inocentes en cuyos cuerpos, la punta de los fusiles, con el estilo de García Lorca, "penetraba por las carnes asombradas hasta llegar a la emmarañada región en que se esconde la raíz del grito".

¡Cómo sabe mentir y cómo sabe cubrir el marxismo la mentira con el elegante ropaje de la verdad! Incluso esta mentira se acercó pudibunda y hasta

con el rosario en las manos, a las gradas que llevan hasta las habitaciones del Santo Padre. Allí la mentira se arrodilló con unción, besó el anillo del Pontífice y mostró la horrenda impresión que le causaba la tragedia de Chile.

Jamás esa mentira llegó a ninguna parte para golpear puertas venerables en nombre de los crímenes de Stalin o del asesinato de Trotzky. Jamás esa mentira tocó campanas a rebato cuando los tanques penetraron en Praga y expulsaron del Gobierno a los verdaderos patriotas a base de dejar la vieja ciudad, sembrada de cadáveres. Esa mentira no se detuvo a meditar y condenar, en los alrededores de Kiev, la matanza de 80.000 judíos en Babi Yar, donde, en el hervor del avance sobre Rusia, los comunistas desahogaron su oculto racismo, en competencia vergonzosa con el hitlerismo invasor. Esa mentira nada dice y no se estremece de dolor ante los intelectuales rusos aprisionados por locos en los manicomios, en cumplimiento de las órdenes del más loco y criminal poder que, desde los tiempos de Gengis Khan o de Nerón, ha conocido el mundo.

Pues bien, precisamente en la contumacia y ardor con que la mentira de Chile se ha extendido en el mundo impulsada por el viento comunista, está la prueba más incontestable de los vínculos que ligaban a Rusia con el gobierno allendista y que Rusia procuró disimular aún a despecho de la consideración de Allende, de que el bárbaro país colindante con las montañas del Asia, era nuestro hermano mayor.

Claro, este hermano mayor se dedicó a pescar en nuestros mares con la tolerancia y hasta con la protección del régimen que pretendía encarnar la vía chilena al socialismo; este hermano mayor penetró los secretos de nuestra explotación cuprera para convertirse algún día en el temible competidor de nuestro cobre a base de los capitales de Norteamérica. Este hermano mayor es natural que se sintiera herido en sus tentativas de control del Mar Pacífico a base de la forzada afinidad ideológica con una minoría de los chilenos. Iba a poseer una base marítima frente al puerto de Talcahuano, iba a controlar nuestros negocios y a vender a precio de oro el mismo trigo que, irónicamente, pudo adquirir con facilidades de pago en la base del imperialismo burgués. Perdido todo, huyendo con sus barcos hacia las lejanas costas del Báltico, dejando atrás tantas bellas expectativas de dominio para el porvenir, ¿cómo no sentirse Rusia despechada, y cómo no entregarse al deporte de la mentira internacional, en la cual el marxismo siempre fue maestro?

Pero es tan fuerte la trabazón que une entre sí a los sectarios del comunismo y es tan tirante la influencia que tiene el poderoso imperio rojo sobre sus vasallos, que, como un flautín que acompaña a la gran orquesta, tenía que saltar a la palestra del ataque a Chile, el último hermano menor que le quedaba a Rusia en la América Latina, el inquieto Fidel que presentía que debía ir poniendo sus barbas en remojo.

He aquí que su representante en la NU, el sudado y tortuoso Canciller de Cuba, Raúl Roa, no pudo

soportar la defensa que hicieron en esta asamblea internacional, tanto el Ministro de Relaciones de Chile, Almirante Huerta, como en seguida, nuestro representante allí, el Embajador Raúl Bazán.

El discurso de Huerta fue profundo y sereno. Demostró la posición respetuosa y constructiva en que se encontraban las Fuerzas Armadas de Chile ante el seguro ataque contra ellas y contra el país, que se estaba gestando en el interior del palacio gubernativo. Advirtió que el Ejército de Chile no buscaba una dictadura, sino, por el contrario, una vuelta al orden legal, conculcado por la Unidad Popular.

El discurso de Bazán fue incisivo. Criticó ásperamente a Raúl Roa y en el momento en que sus palabras eran escuchadas en silencio por la Asamblea, el impertinente Canciller, para hacer méritos ante su patrón del Caribe, se levantó de su asiento y, naturalmente acompañado por secretarios serviles, subió hasta la plataforma de los oradores en que se encontraba Bazán y lanzó contra él toda clase de denuestos impublicables. Uno de sus acompañantes, abriéndose el vestón, mostró un arma como marca de fábrica del totalitarismo cubano. Ya que no podía condenar al paredón a Bazán, como se acostumbra en su patria sin que el comunismo haga escándalo, llevaba el paredón en el bolsillo para la primera emergencia.

Le contemplaba desde sus asientos la representación del mundo entero: Francia, con Luis XIV y Montesquieu, con Mirabeau y Chateaubriand, con Napoleón y De Gaulle; Italia, con su discutible ascendencia romana, con el gesto altanero de Mus-

solini y el gesto humilde y campesino de Juan XXIII; Alemania, con el Werther de Goete, con el Dr. Schacht y los Nibelungos; Inglaterra, con la Reina Victoria y Disraeli, con Churchill y los corsarios; España, con el Quijote a cuestas, con Isabel la Católica y con Unamuno; Estados Unidos, con sus asesinados Lincoln y Kennedy, con los versos del poeta Walt Whitman y con los yacimientos petrolíferos de Rockefeller. Lo miraba toda la tierra y el moreno Roa no hallaba qué hacer con sus rebeldes mechones en desorden y su figura ridícula de guajiro llegado a más.

Naturalmente, como era de esperar, la Asamblea de las Naciones Unidas, a causa del impetuoso cubano, poco adiestrado en las reglas de la educación, se transformó en un batifondo infernal en que los esclavos cubanos y de la Cortina de Acero abandonaban la sala en señal de protesta, los nicaragüenses lanzaban denuestos contra los cubanos y el presidente de la Asamblea, Leopoldo Benitez, ecuatoriano al fin, lamentó la exaltación de su colega del Caribe y ofreció a Chile las explicaciones del caso. ¿Qué otra cosa podía hacer un ecuatoriano con nosotros, que somos el predilecto amigo austral del pueblo que vive en la precisa mitad del mundo?

¡Oh, la mentira, cuánto daño nos quiso hacer y cuánto perjuicio, a la postre, va a reportar a quienes la enarbolaran contra un pequeño país que no ha hecho otra cosa que defenderse a sí mismo contra la amenaza de un marxismo, que después de ser una doctrina, se ha transformado en un imperio!

Los chilenos no hemos aceptado jamás ninguna intromisión extranjera en nuestros asuntos. Somos

el asilo contra la opresión, pero jamás hemos tenido que buscar asilo en parte alguna, salvo que se trate de los valientes marxistas de Chile que, cansados de desafiar a lo que ellos llaman el fascismo y el imperialismo yanqui, dejan que mueran en las calles los pobres de los cordones de la capital, mientras ellos se aprietan los cordones de los zapatos y se arrancan a las Embajadas. Se arrancan, eso sí, con bastantes monedas del imperialismo en su poder y sin ninguna vergüenza de habérselas robado.

Terminemos esta historia, por fin.

El aire de Chile es más límpido, las mujeres de Chile se han puesto más hermosas, los niños de Chile empiezan a beber una leche que les había prometido el marxismo y se quedó estancada en los antros de los acaparadores oficialistas. ¡Dios mío, la blanca leche sometida a la tremenda ley del mercado negro!

El mundo se convencerá por fin. El mundo sabrá que los soldados de Chile no buscan el poder sino la defensa interna y externa de su patria. El mundo entero volverá a descubrir que Chile no ha perdido su trayectoria legal en el siglo y medio que ha gozado de ella y la ha defendido con energía.

Entre la mentira del comunismo y nuestra verdad, se impondrá lo nuestro.

Pertenecemos a la civilización cristiana, somos un mundo que vive bajo el techo de los Derechos del hombre, somos un mundo que busca la justicia por el ancho camino de la legalidad y no de la revuelta.

Después de un período de silencio y de trabajo, podremos repetir en Chile la frase de Guido de Verona: La vida comienza mañana. . .

DOCUMENTOS

DOCUMENTO UNO

CARTA DE JOAO GARCES

Prueba de la personal influencia de un marxista español en la voluntad del Presidente Allende.

Doctor:

Me pareció entender que me dijo que esperara. Lo he hecho por el espacio de cuatro horas. Por último, para sentir menos el lento transcurrir de los minutos, me he resuelto a poner en orden algunos puntos sobre los que me hubiera gustado conversar con usted.

Desde la mañana en que asumió el actual Gabinete, he estado trabajando fuera de la Moneda. No sé otra cosa de lo que ha ocurrido en los últimos días, excepto lo que informaron los medios de difusión. Con todo el riesgo que implica desconocer la interioridad de las actuaciones del Gobierno en estos días, creo que debo manifestarle algunas de las observaciones que me merecen la actual situación.

La incorporación de los más altos jefes institu-

cionales de las FF. AA. y Carabineros representa un recurso extraordinario para el actual Gabinete, pero al mismo tiempo un grave riesgo. Usted señaló, oportunamente, en el momento de su designación el 8 de agosto, que éste era el último recurso que el actual régimen institucional ofrecía para intentar controlar la situación, respetando los márgenes de actuación que él reconoce al Gobierno. Esta advertencia encierra en sí misma la esencia última de lo que está ocurriendo en la presente coyuntura.

Cuando un Gobierno enfrenta una insurrección generalizada de toda su clase social, que se expresa a través de los vehículos más diversos —desde el terrorismo al bloqueo parlamentario—, es obvio que el Gobierno podrá superar la situación en la medida que disponga y use de mayor fuerza que el movimiento insurreccional.

Con este fin designó usted a los más altos representantes del aparato armado del Estado en puestos ministeriales. Sin embargo, en la medida que este nuevo Gabinete no dé —desde el momento mismo en que asume— la imagen de decisión y fortaleza para enfrentar las manifestaciones más graves de insurrección y sabotaje económico, la real situación del Gobierno se agrava considerablemente. Pues estaría demostrando en los hechos que el aparato coercitivo del Estado está paralizado frente al movimiento insurreccional. Lo que era una posibilidad mientras el Gabinete estaba integrado exclusivamente por civiles, se convierte en una certeza en cuanto los Comandantes en Jefe se funden simbólicamente en ese mismo Gabinete.

Un Gabinete cívico-militar que se cree con auto-

ridad bastante para dar un tiempo de 48 horas a los transportistas paralizados, no puede dar la penosa impresión de dejar pasar el plazo y no reaccionar. Si ella es políticamente un error para cualquier Gobierno, lo es mucho más si en el ultimátum están involucradas las Fuerzas Armadas.

Claro está, las facultades legales al alcance del Gobierno frente a la huelga pueden ser reducidas. Pero si ello es así, ¿por qué se recurre al mecanismo del plazo perentorio el viernes pasado? Hubiera sido más acertado darle a la resolución del Consejo de Gabinete la forma de una *declaración*, o de una *petición* a los huelguistas para que restablecieran sus actividades normales.

El país vio que el lunes pasó sin que el Gobierno materializara ninguna acción material y concreta sobre los huelguistas. Lo mismo ha ocurrido hoy martes. Cierto es, se han dado a la publicidad la carta del Presidente al Ministro de Defensa, y los acuerdos del Consejo de Gabinete del día de hoy. Pero todo ello no pasa del nivel de comunicaciones internas entre distintas dependencias administrativas del Gobierno, sin que en los hechos ello se traduzca en un solo camión en huelga recuperado para la actividad económica.

Es más, una lectura atenta de la mencionada carta del Presidente al Ministro de Defensa y de la declaración del Consejo de Gabinete de hoy para indicar que el Gobierno se encuentra *legalmente* desarmado para hacer operar el aparato represivo contra una huelga que amenaza sectores vitales de la economía nacional. Si ello es así, ¿por qué se ofreció el espectáculo del plazo perentorio?

Ante el país, la imagen que aparece es la de un Gobierno *todavía* inmovilizado, lo que, dada la magnitud del problema que tiene enfrente, asemeja en algún modo a la *impotencia.* Pero si en esta perspectiva las FF. AA. se encuentran también como inmóviles y paralizadas, este hecho entraña la más seria gravedad.

Sus consecuencias no deben sorprendernos. En la medida que la oposición está buscando el *colapso económico* del país, cada día de duración de una huelga que lleva casi dos semanas se suma al haber de la insurrección y al pasivo del Gobierno.

Todos los síntomas son coincidentes: desconcierto e incertidumbre entre los trabajadores de la UP, que ven cómo la oposición se está saliendo con la suya y ellos nada sustancial pueden hacer para evitarlo. Producir más, sí, pero cómo si cada día tienen menos materia prima. Producir más, de acuerdo, pero el esfuerzo acumulado de varios meses se ha consumido, se ha malgastado en 10 días de huelga de la oposición. Para el Gobierno le ha sido imposible evitar y ahora no puede vencer.

Obviamente, semejante círculo de circunstancias no puede sino envalentonar a la oposición civil. El Gobierno inmovilizado, el aparato coercitivo del Estado paralizado, ¿qué mejor estímulo para impulsar más a fondo la insurrección? Por lo demás, cabe preguntarse si el simple hecho de la incorporación de los Comandantes en Jefe al Gabinete no los hizo desistir de su propósito, ¿no está ello indicando que *cuentan* con movilizar activamente en su favor al menos un sector de las FF. AA.?

En otras experiencias históricas poco ha posibi-

litado más el desarrollo final de la escalada fascista que la paralización e impotencia de los Gobiernos liberal de Italia o socialdemócrata de Alemania frente a los graves problemas creados o estimulados por el propio fascismo. ¿Nos estamos aproximando nosotros a esa situación? Hoy, con las FF. AA. en el Gabinete, los plazos para ello son mucho más breves que hace algunas semanas.

Una pregunta me formulo estos días: si los Comandantes en Jefe, el Presidente de la UP no son capaces de imponerse como autoridad ante la insurrección, ¿cuánto tiempo van a tardar los mandos militares intermedios conservadores en sentirse vinculados a sus jefaturas máximas, y no decidirán actuar por su cuenta aislando al Alto Mando en la cúspide? Es lo que ocurrió un día 18 de julio en España.

Por último, si la busguesía logra su objetivo de provocar el *colapso económico* nada sería más perjudicial para el movimiento popular que tener desarticulada la organización y capacidad de acción de los trabajadores. Si en ese momento están desorientados y escépticos respecto del Gobierno, o desmovilizados, sin espíritu combativo, no habrá nada que impida la caída de nuestro Gobierno.

En ese sentido, es comprensible que los partidos y sindicatos se muestren recelosos frente a la declaración de Zonas de Emergencia y no dejan de tener razón. Si la fuerza coercitiva de las FF. AA. está paralizada ahora frente a las manifestaciones de insurrección, ¿por qué tienen que transfigurarse por el hecho de declararse la Zona de Emergencia? Si realmente quieren operar en defensa del Gobierno,

ante el trabajador sencillo desaparece que debieron poder hacerlo ahora que están ya en el Gabinete.

Estas son, doctor, las reflexiones que me hubiera gustado comentar con usted. Con la ventaja de que sus precisiones me hubieran permitido precisar más o eventualmente rectificar mis impresiones.

JOAO GARCES

DOCUMENTO DOS

Carta de FIDEL A SALVADOR

Prueba de la decisiva influencia de Fidel Castro en Salvador Allende.

"La Habana, 29 de julio de 1973.

Querido Salvador:

Con el pretexto de discutir contigo cuestiones referentes a la reunión de países no alineados, Carlos y Piñeiro realizan un viaje a ésa. El objetivo real es informarse contigo sobre la situación y ofrecerte como siempre nuestra disposición a cooperar frente a las dificultades y peligros que obstaculizan y amenazan el proceso. La estancia de ellos será muy breve, por cuanto tienen aquí muchas obligaciones pendientes, y no sin sacrificios de sus trabajos, decidimos que hicieran el viaje.

Veo que están ahora en la delicada cuestión del diálogo con la DC, en medio de acontecimientos graves, como el brutal asesinato de tu Edecán Naval y la nueva huelga de dueños de camiones. Imagino

por ello la gran tensión existente y tus deseos de ganar tiempo, mejorar la correlación de fuerzas, para el caso de que estalle la lucha, y de ser posible, hallar un cauce que permita seguir adelante el proceso revolucionario sin contienda civil, a la vez que salvar tu responsabilidad histórica por lo que pueda ocurrir. Estos son propósitos loables. Pero en caso de que la otra parte, cuyas intenciones reales no estamos en condiciones de valorar desde aquí, se empeñase en una política pérfida e irresponsable, exigiendo un precio imposible de pagar por la Unidad Popular y la revolución, lo cual es, incluso, bastante probable, no olvides por un segundo la formidable fuerza de la clase obrera chilena y el respaldo enérgico que te ha prindado en todos los momentos difíciles; ella puede, a tu llamado ante la revolución en peligro, paralizar los golpistas, mantener la adhesión de los vacilantes, imponer sus condiciones, y decidir de una vez, si es preciso, el destino de Chile. El enemigo debe saber que está apercibida y lista para entrar en acción. Su fuerza y su combatividad pueden inclinar la balanza en la capital a tu favor, aun cuando otras circunstancias sean desfavorables.

Tu decisión de defender el proceso con firmeza y con honor hasta el precio de tu propia vida, que todos te saben capaz de cumplir, arrastrarán a tu lado todas las fuerzas capaces de combatir y todos los hombres y mujeres dignos de Chile. Tu valor, tu serenidad y tu audacia en esta hora histórica de tu patria, y sobre todo tu jefatura firme, resuelta y heroicamente ejercida, constituyen la clave de la situación.

Hazle saber a Carlos y a Manuel en qué podemos cooperar tus leales amigos cubanos.

Te reitero el cariño y la ilimitada confianza de nuestro pueblo.

Fraternalmente,

FIDEL CASTRO".

DOCUMENTO TRES

Prueba de los actos sediciosos del jefe del socialismo chileno, en tripulaciones de la Armada.

SINTESIS DEL DISCURSO PRONUNCIADO POR ALTAMIRANO EN EL ESTADIO CHILE EL 9 DE SEPTIEMBRE, (según versión de "El Mercurio").

El Secretario General del Partido Socialista, senador Carlos Altamirano, reconoció que efectivamente participó en una reunión con suboficiales y marineros detenidos en la Armada, acusados de estar comprometidos en un intento subversivo en unidades de la institución.

El alto dirigente político de Gobierno en una arenga que enardeció el ánimo de sus partidarios concentrados ayer en el Estadio Chile, declaró que concurrió "a una reunión a la cual fui invitado para escuchar las denuncias de un suboficial y algunos marineros, en contra de actos subversivos perpetrados supuestamente por oficiales de esa institución armada y concurriré todas las veces que me inviten para denunciar acciones contra el Gobierno constitucional de Salvador Allende".

Altamirano dijo que no haría llamados a los soldados y marineros de las Fuerzas Armadas para no ser calificado de sedicioso, pero leyó un poema de Nicolás Guillén y una carta de los detenidos en la Armada, donde se resume la misma intención de anteponer a éstos con la oficialidad y desobedecerle.

El jefe socialista habló en un acto realizado al mediodía de ayer para dar a conocer las conclusiones del Pleno del Comité Central de la colectividad, reunido durante el fin de semana.

Advirtió al Gobierno que el PS decidió no aceptar diálogos y que sólo estará combativamente a su lado si cumple lealmente el programa, que dice que debe crearse el Poder Popular para entregarlo a obreros y campesinos.

Finalmente hizo un llamado a la solidaridad con Chile amenazado —según dijo— por Estados Unidos y países como Brasil y Bolivia, que alimentarían con dinero y medios a los que quieren derrocar al Gobierno.

Las conclusiones del Pleno fueron adoptadas en reuniones en las que participaron sus 45 miembros, los 38 Secretarios Regionales y los 32 miembros de la Brigada Parlamentaria socialista.

En el acto del Estadio Chile participó el primer grupo de "pioneros" del PS, con banda de guerra y, en general, la reunión se caracterizó por el ánimo beligerante de los asistentes, que interrumpieron numerosas veces a Altamirano con ovaciones, gritos de consignas y pidiendo "mano dura".

Batalla perdida.

El jefe socialista inició su intervención señalando que ésta era una hora dura y amarga "porque hemos perdido una batalla en la gran guerra que libra nuestro pueblo: se ha entregado el Canal 9, el Canal del pueblo de Chile. Y no sólo eso, sino que los trabajadores de Sumar fueron víctimas de una brutal provocación de elementos de la FACh". El discurso fue interrumpido con rechiflas y gritos de "asesinos".

"Se ha dicho —agregó— que vivimos un Vietnam silencioso. Ya dejó de ser silencioso este Vietnam. A cada hora una bomba terrorista retumba en el territorio nacional". Dijo que a su juicio, "la oposición no quiere una salida pacífica ni democrática" y que ahora está buscando subterfugios y resquicios constitucionales para declarar la inhabilidad del Presidente de la República. Comparó la situación a la de 1891 con Balmaceda.

"Y ahora —dijo— han buscado otra forma de provocar al pueblo: los allanamientos efectuados por las Fuerzas Armadas. Se trata de crear el odio entre las FF. AA. y los trabajadores y la derecha lo está consiguiendo y vemos cómo los dirigentes de los institutos armados sirven de instrumento a los reaccionarios, a la oligarquía, para reprimir al pueblo".

Agregó que "soldados, marineros, aviadores y carabineros son hermanos de clase y no pueden disparar contra trabajadores". Manifestó que, sin embargo, frente a los atentados dinamiteros que atribuyó a la derecha, se procede a allanar industrias. "Es una provocación a los trabajadores".

Señaló que "ahora han montado el show de la marinería y a través de torturas arrancan declaraciones que no tienen valor jurídico". Atacó a la justicia y dijo:

"No sacará nada esta justicia de clases con desaforarnos, porque la verdad, compañeros, es que estuve en una reunión con estos marineros, con algunos de ellos".

Posteriormente dio lectura a una carta que afirmó le enviaron "los marineros flagelados y torturados", que aproximadamente comienza diciendo: "Al Presidente de la República y a los trabajadores de todo el país. Nosotros, los marineros de tropa, antigolpistas, le decimos a las autoridades y nuestros familiares que ni las amenazas ni torturas nos impedirán decirle la verdad a nuestra clase, la clase obrera, y a nuestros compañeros de tropa".

La nota niega que el senador Altamirano, el diputado Oscar G. Garretón y Miguel Henríquez hubieran tenido la iniciativa de reunirlos, y afirma que los propios marineros buscaron a los dirigentes políticos para denunciarles los intentos de "oficiales golpistas" que, según dicen, iban a intentar algo contra el Gobierno entre el 7 y el 8 de agosto último.

No al diálogo.

Altamirano dijo que el PS no está por el diálogo. Dijo que se hicieron dos intentos a pesar del PS y que éstos fracasaron. "El PS ha dicho que no puede haber diálogo con terroristas, con los responsables de tanta miseria. La derecha sólo puede ser aplastada con la fuerza invencible del pueblo, clases,

suboficiales y oficiales unidos al Gobierno constituido. Notificamos que no aceptaremos arbitrariedades, vengan de donde vengan, estén o no armados. No nos someteremos a un poder ilegítimo. Chile se convertirá en un nuevo Vietnam heroico si la reacción pretende enseñorearse del país".

Posteriormente atacó al Parlamento y dijo que "el golpe reaccionario se ataja golpeando al golpe; no se ataca conciliando con los sediciosos. No se combate con diálogos, sino con la fuerza del pueblo, de sus comandos industriales sus consejos campesinos, su organización. Y la guerra civil se ataca creando un verdadero poder popular. Los reaccionarios quieren destruir este poder popular. Utilizan los allanamientos".

Exigimos lealtad al Gobierno.

"Exigimos en esta hora dura, amarga —continuó—, la solidaridad de los pueblos, de los revolucionarios de todo el mundo. Todos tienen que saber que detrás de esta conjura está Estados Unidos, atizando la guerra civil, la contrarrevolución, comprometiendo a Brasil y Bolivia. El derrocamiento del Gobierno significa un cambio sustantivo en el ancho escenario político latinoamericano. Y ellos lo saben".

Finalmente dijo: "En esta hora es más que nunca necesaria la unidad para defender el programa de la UP, que dice que las transformaciones sólo se podrán hacer si el pueblo toma el poder. El PS exige lealtad al programa. El primer capítulo del programa se llama "Poder Popular". No es un título

acuñado en el momento. Exigimos lealtad al Gobierno que debe cumplir ese programa. En esas condiciones el PS le entregará toda su inmensa capacidad combativa al Gobierno. Estamos seguros que el camarada Allende, que es un símbolo en todo el mundo, jamás dejará de cumplir con su palabra. Hemos despertado en estos tres años una fuerza combativa que nada ni nadie podrá contener".

INDICE

DOCUMENTOS

NUEVA SERIE DE LA

EDITORIAL DEL PACIFICO

SANTIAGO DE CHILE



UNA VARIADA COLECCION CON TODO LO QUE INTERESA, EN UNA EDICION CUIDADA

1

Alejandro Magnet

OPERACION PRIMAVERA

Sin nombrar al "Presidente" ni al país, esta novela es un vivido y fascinante testimonio de una realidad que, más directamente que otros latinoamericanos, los chilenos conocieron muy bien entre 1970 y 1973.

Un grupo de ultraderecha planea el asesinato del "Presidente" y un grupo de ultraizquierda trata de aprovechar el complot mientras el alto mando militar toma sus medidas para salvar al país. Toda semejanza es pura coincidencia en esta apasionante novela.

2

Ricardo Boizard B.

EL ULTIMO DIA DE ALLENDE

Una visión dramática y exitante del último día del Presidente Allende antes del suicidio. Aquí la pluma del escritor y Premio Nacional del Periodismo Ricardo Boizard (Picotón) acusa los perfiles más agudos de su estilo incisivo y transparente, que le han ganado en Chile y en la América Latina tantos entusiastas lectores. Naturalmente, la personalidad de Boizard conocida durante 40 años de nuestra historia política, concede a este libro la autoridad de la experiencia y conocimiento de los hombres que aquí una vez más se confirma, después de sus catorce o quince libros, publicados en numerosas ediciones y todos completamente agotados.

DEPROXIMA APARICION

3

Jacques Maritain

EL HOMBRE Y EL ESTADO

A juicio del propio filósofo, recientemente fallecido, este es uno de sus más importantes libros en su dilatada y profunda producción.
En él Jacques Maritain señala su pensamiento social y político como aporte al esfuerzo de la humanidad por progresar y ser cada vez más humana.

4

Raimundo Barros

SOLYENITSIN

Un certero y agudo análisis de la vida y la obra del destacado escritor ruso, de tan permanente actualidad, que nos muestra su irrenunciable testimonio cristiano.

Completa este volumen cuatro textos originales de Solyenitsin: Carta al Patriarca de Moscú, el discurso de Estocolmo y dos narraciones que se publican por primera vez en castellano, "Procesión de Pascua" y "La mano derecha".

Diario Oficial 10-Oct-73

Acta. del Servicio - Abona 1 año 6 meses

Transfiere un bien raiz gratis.-

Casa en usufructo 10 años.-

Revista "Ya" N°15 de Izquierda extrema

Jueves 4 de Octubre de 1973

Pag 3 primera columna

.. No obstante se despide con afecto

su eficiente decano de la FA-

por 3 años. Argentina

2

Una visión dramática y excitante del último día del Presidente Allende antes del suicidio.

Aquí la pluma del escritor y Premio Nacional de Periodismo Ricardo Boizard (Picotón) acusa los perfiles más agudos de su estilo incisivo y transparente, que le han ganado en Chile y en la América Latina tantos entusiastas lectores.

Naturalmente, la personalidad de Boizard conocida durante 40 años de nuestra historia política, concede a este libro la autoridad de la experiencia y conocimiento de los hombres que aquí una vez más se confirma, después de sus catorce o quince libros, publicados en numerosas ediciones y todos completamente agotados.



Nueva serie
Editorial Del Pacífico
Santiago de Chile